



EMMA C. DE BEDOGNI

JORGE

LIBRO DE LECTURA PARA EL TERCER GRADO DE LAS ESCUELAS COMUNES
DE ACUERDO CON LOS PROGRAMAS VIGENTES

ANGEL ESTRADA Y CIA.

EDITORES — BOLÍVAR, 466

LL
1900
BED

A
30 743



00012422



PERTENECIÓ A PABLO A. PIZZURNO

EMMA C. DE BEDOGNI

JORGE

LIBRO DE LECTURA PARA EL TERCER GRADO DE LAS ESCUELAS COMUNES
DE ACUERDO CON LOS PROGRAMAS VICENTES

SEGUNDA EDICIÓN



BUENOS AIRES
ANGEL ESTRADA Y CÍA.—EDITORES
466 — Calle Bolívar — 466



135 X 195

Biblioteca Nacional de Maestros



A mis hijos y a mis sobrinos

E. C. de Bedógni

SIEMPRE PARA LOS NIÑOS

Ha sido pensando en vosotros, niños queridos, que he escrito este nuevo libro que os dedico.

Su lectura os ha de proporcionar momentos de deleite y ha de contribuir a vincularos en el bien, porque al escribirlo sugestionóme siempre el anhelo de concurrir a que vuestro gentil cuerpecito sea bello, engarce de una alma sana y de un corazón generoso.

Leed **Jorge...** es la historia de un niño que, como vosotros, tiene defectos y virtudes; que ha necesitado, como vosotros lo necesitáis, de la ayuda y consejos de sus padres y maestros para comprender que la senda del bien es la única que debe preferir todo pequeño que desea llegar a ser útil a la Patria, a la sociedad, a la familia y a sí mismo.

Acordaos siempre de la máxima que otrora os dedicara:

“Cultivar en el alma infantil el germen de la virtud, es dotar al hombre de los medios más eficaces para ir en pos de la felicidad.”

Emma C. de Bedogni.

A LOS MAESTROS

Quien se siente espontáneamente atraído hacia los niños es amigo sincero del maestro, de ese ser, cuya alma generosa, le impulsa a dar de sí todo lo bueno que puede en bien de la gran familia humana.

Maestro y apóstol son sinónimos... y los maestros argentinos, esa pléyade de incansables adalides del progreso, que labran la prosperidad de la Patria, sabrán, como otrora, apreciar la cooperación que con esta nueva obrita ambiciono prestarles en su labor ardua y fecunda.

LA AUTORA.

LO QUE RESOLVIÓ LA MAMÁ DE JORGE

Después de mucho pensar, terminó doña Clara por tomar una resolución: sí; al comenzar el año venidero enviaría a su hijo Jorge a otra escuela, pues estaba cansada de oír decir al niño que en el colegio donde por segunda vez cursaba el segundo grado, no podía estudiar con buena voluntad y provechó porque todos, desde el Director hasta el portero, le tenían tirria.



Jorge se puso muy contento cuando su condescendiente mamita le comunicó su resolución, y pocos días después porque uno de sus discípulos le dijo “estudia, Jorge, los exámenes se aproximan”, el muy travieso niño le respondió con altanería: “Ya no tengo porque apresurarme, puesto que el año que viene no estaré en esta odiosa escuela...”

—“En cualquiera escuela si no estudiaras y comportaras como es debido, serás mal visto”, — dijo una joven maestra, — que por pasar en ese

momento cerca del niño habiale oído pronunciar las palabras citadas.

A esta justa observación respondió Jorge con una mirada despreciativa, terminando el año escolar sin merecer el apetecido certificado de promoción; y cuando su mamá le preguntó por el resultado de los exámenes, lloroso e indignado, repitióle por centésima vez el estribillo: “No he logrado mejores clasificaciones porque me quieren mal, y espero no tener que vérmelas ya con maestros tan exigentes y poco amables.”

—No te enaltes por cierto hablando así de tus superiores,— observóle con encono el padre, — puesto que no está a tus alcances juzgar a personas mucho más instruidas que tú y también porque, de los mismos maestros de quienes te quejas, hablábame ayer, ponderándolos, Roberto, el hijito de doña Ventura, escolar modelo, lo que me prueba una vez más ser cierto que para los buenos alumnos no hay maestros malos.

Doña Clara, con el propósito de dar por terminada la discusión intervino, diciendo: “En las vacaciones Jorge recuperará el tiempo perdido estudiando seriamente, y hasta espero que para cuando empiece el nuevo año escolar:



esté preparado para rendir satisfactoriamente examen de ingreso para el tercer grado.”

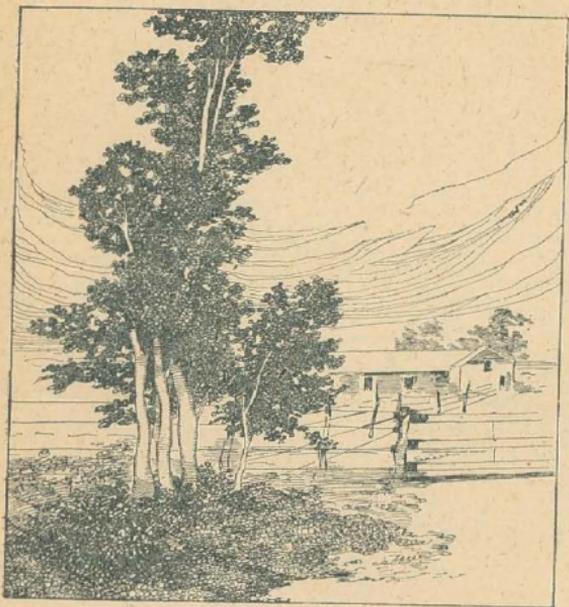
—Buena, excelente, magnífica idea...—dijo entonces la abuelita del niño, que estaba sentada en su silla hamaca.

—Lo que faltaba era su aprobación,—“respondióle a media voz Jorge, ya muy enojado”...—y después, con la indiferencia propia de los niños irrespetuosos y holgazanes se fué en busca de José, un amiguito suyo que le esperaba para correr juntos por el jardín en busca de mariposas.



CÓMO EMPIEZAN LAS VACACIONES PARA JORGE

¡Cuánto envidiaba Jorge la suerte de los amigos que en compañía de algún pariente venían a des-



pedirse de su señora mamá y al mismo tiempo de él antes de irse al campo o a los baños, en alguna *ciudad marítima*, en donde pasarían las vacaciones!... ¡Cómo hubiera deseado él también alejarse de Buenos Aires como lo hiciera el año anterior, para pa-

sar una temporada en la chacra que su tío don Justo tenía en el partido de Alvear, provincia de Buenos Aires!

¡De cuántos suspiros acompañaba el adiós con que despedía a sus pequeños camaradas; y su pesar acrecentóse el día en que su madre le dijo:—“Mañana o pasado tus hermanitos irán a la chacra del tío Justo, donde pasarán dos meses para divertirse y descansar de las tareas escolares en las que tanto sobresalieron.”

—¿Y, yo? — atrevióse a decir Jorge...

—¿Tú?... Tú te quedarás aquí conmigo y con tu padre... Como ya te dije, quiero que estudies, que estudies de veras para evitar así que tam-



bién en la otra escuela no te tengan, desde los primeros días, en concepto de burro.

Al comprender el niño que la resolución de su madre era inquebrantable, entristeciéndose más.

—“Quién deja deberes por cumplir, alguna pena ha de sufrir”...—dijo la abuelita, siempre pronta para inventar alguna máxima oportuna.

—¿Por qué no escribe usted un libro de sentencias,—respondióle Jorge con ironía,—quizás lo vendiera y le pagaran por él una fortuna...

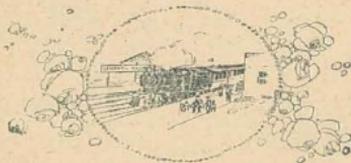
—No lo escribo porque me temo caiga en poder de niños que, como tú, por no comprenderlo dejarían de apreciarlo.

— Pero nosotros no nos olvidaremos de ti,—dijo Ada, con el propósito de consolar a su hermanito. “Te escribiremos, y de mi parte prometo contarte todo lo que pueda tener para ti interés alguno...”

Mas, Jorge, estaba tan malhumorado, que interpretó al revés la gentileza de su hermana y, por lo mismo, contestóle con grosería:

— “Puedes guardarte noticias y cartas... puesto que ninguna de las dos cosas ha de hacerme falta.”

Dos días después los hermanitos de Jorge, Anibal, Ada y Pepita, junto con la abuela, partieron para General Alvear.



LA MAESTRA DE JORGE

Tres días después de estar los hermanos de Jorge en la chacra, presentóse en casa de éste la señorita bajo cuya dirección debía empezar a estudiar el niño.

Los padres de éste no eran ricos y, por cuanto les fuera de gravamen aumentar el presupuesto de gastos con los honorarios de la maestra, hacían gustosos ese sacrificio porque se habían dado cuenta de que ese niño necesitaba dedicar mayor atención al estudio y ser conducido con mano firme en la senda del deber y del bien.

Comprendían que sin ser malo adolecía de muchos defectos, de los que era necesario corregirlo, cuanto más pronto, mejor.

La maestra de Jorge llamábase Raquel. Era una joven alta, delgada, de rostro simpático y modales finos.

Tenia el título de profesora normal y, no obs-



tante actuar de maestra en una escuela de la capital, en los meses de asueto daba lecciones particulares a varios niños, ganando así un poco más de dinero que entregaba gustosa a su madre a quien hacía mucha falta por ser ella viuda y pobre.

Era, pues, buena maestra y excelente hija.

Así como desde cuando se presentó en casa del niño resultó simpática a la madre de éste, encontróla antipática Jorge, porque en cambio de ver en ella a la joven bondadosa e ilustrada que se proponía instruirle, la creyó una persona que, sin duda, se había puesto de acuerdo con los suyos para mortificarle y obligarle a estudiar en los días que lo eran de diversión para los demás niños.

— ¿Cuántos y cuáles son los reinos de la Naturaleza?— preguntó la maestra a Jorge, después de haber saludado a la madre de éste y haberse sentado en la silla que doña Clara le ofreciera.

— En clase no estudiábamos eso...

— Di mejor que tu memoria te es infiel... porque si así no fuere, debieras saberme contestar...

— ¿Sabes siquiera decirme a cuál de los reinos de la Naturaleza pertenece el agua?

— Yo creo que a ninguno...

— No contestes con precipitación...

Antes de hablar piensa siempre en lo que vas a decir... Presta atención... ¿El agua es algún ser viviente, algún animal?

— No.

— ¿Algún vegetal?

— No.

— Me suena mal ese *no a secas*.

Mis alumnos acostumbran decir: "No, señora", lo que me satisface más, porque es así como suelen y deben expresarse los niños bien educados.

Si el agua no pertenece al reino animal ni al vegetal debe pertenecer al mineral, puesto que la Naturaleza, es decir, todo cuanto nos rodea, ha sido por los hombres de ciencia subdividido en tres grandes reinos: animal, vegetal y mineral. Te haré otra pregunta, aun más fácil que las anteriores:

¿Sabrías decirme qué es un cuadrúpedo?

— Eso lo sabía... pero...

— Pasemos a otra materia. Si un naranjero comprase doscientas naranjas y vendiera setenta y cinco, ¿cuántas le quedarían?

— Para saberlo habría que sacar la cuenta.

— Se trata de un cálculo tan fácil que bien puedes hacerlo mentalmente, pues los niños que como tú han cursado por *segunda* vez el *segundo* grado, deben saber resolver problemitas mucho más difíciles que el del naranjero y sin necesidad de escribir números.

— Sí, pero es que a la aritmética siempre le he tenido un *odio fiero*.

— Sin embargo, tendrás que estudiarla porque ella, como el idioma nacional, la geografía, la historia y las ciencias naturales, etc., son asignaturas que figuran en todos los programas de las escuelas de los

mundo civilizado... ¿Sabes a lo menos decirme quien fué Sarmiento?

— Sarmiento fué un gran hombre.



— ¿Qué hizo, en qué se distinguió para que se le llame *gran hombre*?

— No sé... es decir, no me acuerdo bien.

— No me sorprende ya que hayas fracasado en los exámenes finales, y debó decirte que si no te propones estudiar seriamente en estos dos meses que nos quedan, te reprobarán de nuevo en los exámenes de febrero, aunque me esmere en enseñarte, porque es necesario sepas que si el maestro no cuenta con la aplicación del alumno, éste nunca sacará provecho del estudio... ¿Me prometes ser aplicado?

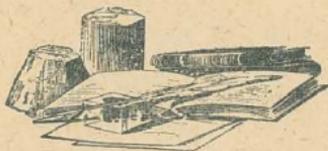
Como el niño permaneciera mudo, doña Clara contestó por él: — Jorge estudiará, señorita, porque

le obligaré a ello... puesto que, después del resultado del examen al que lo acaba de someter, me he convencido ser tanta su ignorancia como más no pudiera. Y también me convenzo ser verídica la máxima que suele repetir mi madre: "El niño que en la escuela lo halla todo criticable, o es holgazán o revoltoso."

Jorge bajó los ojos y suspiró.

La joven maestra trató de consolarle, y después de haberle enseñado algo de aritmética se despidió de él, diciéndole: Mañana espero encontrarte en mejores condiciones de espíritu para estudiar; mientras tanto recomiéndote aprendas las lecciones que te he señalado.

Después que la señorita Raquel se hubo retirado, Jorge se levantó y mientras iba en dirección al patio, dijo entre dientes: — "¡Es inútil!... no he nacido para literato y de mí no sacarán un sabio..."



NOTICIAS DE GENERAL ALVEAR

General Alvear, febrero...

Querido Jorge:

¡Cuán digno de lástima eres por no estar aquí con nosotros, en estos lugares donde no falta espacio en que correr, ni fruta para comer!

Si hubieses estado aquí anteayer, ¡cómo te habrías divertido!

Los hijos menores de don Nicolás nos invitaron a dar un paseo por el campo poniendo a nuestra disposición tres caballos, a cual más hermoso.

Inútil decirte que aceptamos con vivas y palmoteos la gentil invitación y que sólo Pepita, por ser *tan mendrugo*, se quedó en casa.

Bromeando, divirtiéndonos tanto como pocas veces lo hemos conseguido, entre galopar y andar a paso de caracol, pues de tan buenos jinetes que somos íbamos a merced de los caballos, llegamos a la estancia de don Lucio, cuya familia nos recibió con cariño, agasajándonos mucho.

Los chicos nos invitaron a merendar con ellos, y... ¡qué de duraznos comimos!...

Nosotros mismos los arrancábamos de los árboles y ya te puedes figurar que no perdíamos la ocasión de elegir los más grandes y maduros...

Nos acordamos de ti y más de una vez, me dije: ¡Pobre Jorge! Si hubiera estudiado un poco más estaría aquí con nosotros participando de nuestro júbilo, mientras regalaría su paladar con estos sabrosísimos duraznos!...

Espero que la lección que acaban de darte nuestros queridos padres, te sirva de escarmiento para lo venidero.

A papá y a mamá les he escrito ayer.

Todos te saludan y tú recibe un beso cariñoso de tu hermana,

ADA.

P. D. — Abuelita quiere que te diga que no te olvida y que siempre que piensa en ti se acuerda de este refrán: “A mal hecho, ruego y pecho.”

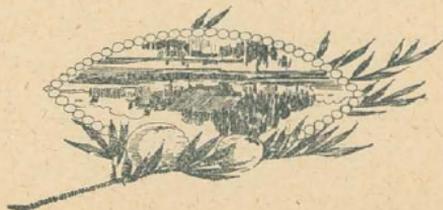
La lectura de esta carta desconcertó a Jorge. Mientras se esforzaba por contener las lágrimas



que un sentimiento de envidia hacia asomar a sus ojos, pensaba en que hubiera sido mejor para él romper la *misiva* antes de leerla; y también *abochornábale* el darse cuenta de que todo ese malestar que le embargaba era *engendrado* por sentimientos bajos que le *en-vilecian* y se acordaba de que muchas veces la abuelita le había dicho que la envidia es *ponzoña* que envenena el corazón de quien le da cabida en él.

Si la anciana le hubiera visto en ese momento habría leído sin duda en su alma, y tan oportunamente como siempre le hubiera dicho alguna de aquellas frases que por herir al niño en su falso amor propio, poco a poco le obligarían a reflexionar, contribuyendo así a enmendarle de sus defectos.

Sus reflexiones mitigaron su dolor, y como no era malo de corazón terminó por felicitarse de que sus hermanos se divirtieran, y en mejores condiciones de espíritu empezó a estudiar seriamente.



JORGE EMPIEZA A ESTUDIAR

Jorge tenía que hacer una composición, cuyo tema era: “Escribir una carta a un amiguito invitándole a participar de una fiesta.”

Después de mucho pensar, de mirar de un lado a otro, de mojar veinte veces la pluma en el tintero y de escribir y borrar otras tantas las palabras *Querido José*, tuvo que convencerse que no sabía cómo empezar su carta... y, sin embargo, debía escribirla porque la maestra le había dicho que no le admitiría excusas, por buenas que fueran. Concentró sus ideas, y después de una hora dió por terminado su trabajo. Estudió luego sus lecciones y sintiéndose más satisfecho de sí mismo, se fué delante de la puerta de su casa en espera de la señorita Raquel.



Pocos momentos después la vió venir, probando al verla, un sentimiento de satisfacción puesto que había cumplido con todo lo que ella le mandara.

Salió a su encuentro, diciéndole:

— Señorita, hice los deberes y también estudié las lecciones.

— Me alegro.

Entraron.

— ¿Qué has querido decir con esta palabra?



— preguntó la joven, mientras leía la carta del niño.

— ¿Qué palabra?

— Lee en voz alta tu escrito.

Jorge leyó: "Querido José: *Esta carta tiene por ojepto.*"

— Un momento... dijole la señorita, interrumpiéndole... — ¿Qué significa la palabra *ojepto*?

— *Ojepto... ojepto...*—respondióle Jorge mientras se pasaba una mano por la frente como si fuera en busca de una contestación... —no sé bien lo que quiere decir... pero, si sé que casi todas las cartas empiezan así...

— Sin duda haces alusión a las cartas escritas por personas que, por haber frecuentado durante poco tiempo las *aulas escolares* se limitan a co-

piar lo que hacen las demás hasta en la forma de escribir a sus parientes y amigos; pero tú no debes hacerlo, no debes convertirte en papagayo, como no debes hacer uso de palabras cuyo significado y ortografía no te son conocidos.

Muchas son, por desgracia, las personas que estropean nuestro rico y armonioso idioma, y dicen y escriben *ojepto*, por *objeto*; *dotor*, por *doctor*; *perfeto*, por *perfecto*; *maistro*, por *maestro*; *pais*, por *país*; *güey*, por *buey*; *guevo*, por *huevo*; *aujero*, por *agujero*, etc.

Vaya y pase que errores semejantes sean cometidos por personas que de la escuela sólo vieron la puerta; mas son imperdonables en aquellas que la frecuentan regularmente... ¿has comprendido?

Cuando no conozcas con certeza el significado de una palabra y dudes de cómo se escribe, recurrir al diccionario, a ese buen amigo siempre dispuesto a sacarte de aprietos; y así, poco a poco, enriquecerás tu *vocabulario* y aprenderás a escribir con corrección y expresarte con galanura.

—Es que yo no lo comprendo ese librote...
¡Son tantas las palabras que contiene!

—¡Por lo mismo que son muchas te será fácil encontrar en él todas las que tú quieras, y en cuanto a su manejo me encargaré yo de enseñártelo.

Continuó la señorita Raquel la corrección de la carta y no obstante encontrar en ella muchas

otras faltas no se desanimó; pues habiale parecido notar que su discipulo estudiaba con más empeño.



DÍAS DE FIESTA

— ¿No has contestado todavía a la carta de Ada?
— preguntóle un día doña Clara a su hijo.

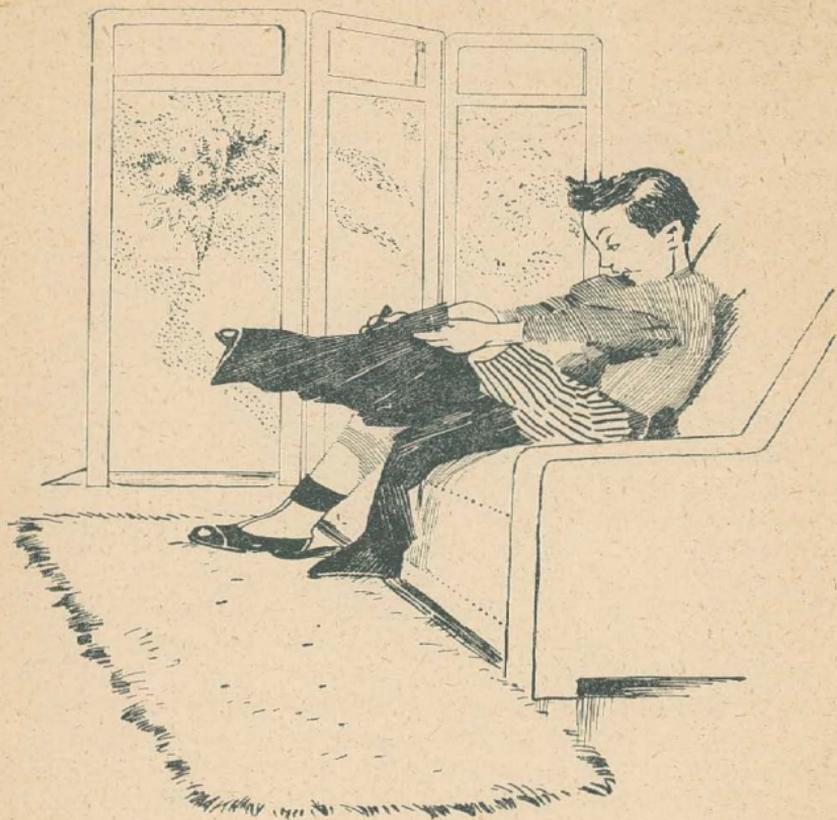
— No lo hice porque no tengo novedades que contarle y también porque creo no echará de menos perder tiempo en descifrar mis garabatos, — dijo con amargura Jorge...

— Eres injusto para con tus hermanitos, que son buenos y que precisamente porque te quieren con sinceridad, leerán con placer una carta tuya, especialmente si en ella les dices que estudias con provecho.

— Les escribiré cuando haya mejorado la letra y la ortografía, para evitar que abuelita critique mi carta y conteste con alguna de aquellas *indirectas* con las cuales siempre me ofende.

— Cuando hables de tu abuela hazlo con respeto, — dijo con severidad la madre, — y piensa en que si te amonesta lo hace por tu bien, para que seas un día hombre útil a la Patria, a la sociedad y a ti mismo.

— Mas Jorge no tuvo necesidad de escribir a sus hermanos, porque dos días después del diálogo



citado y cuando precisamente pensaba hacerlo, su padre le despertó tempranísimo y le dijo:

— Si te levantas en seguida y te vistes pronto, iremos con tu madre a dar un paseo. Ayer hablé con tu maestra y porque me dijo que empieza a estar contenta de tí, he resuelto premiar tu buena voluntad acompañándote a visitar a tus hermanos.

Jorge, rebotando alegría, saltó de la cama y en un santiamén estuvo pronto.

Pocas horas más tarde, llegaron a su destino.

¡Qué grata fué la sorpresa que Jorge y sus padres dieron a los moradores de la chacra!

Apretones de manos, besos, abrazos, exclamaciones de júbilo se sucedieron sin intervalo y por unos minutos...

Después, Jorge, fué *secuestrado* por sus hermanitos, quienes lo condujeron a pasear por el campo.

A la hora del almuerzo encontráronse todos reunidos alrededor de la mesa y Ada entonces contó a la abuelita que Jorge se había entretenido en recoger arcilla y piedrecitas para Hevárselas a su maestra, que le había enseñado ya algo respecto a los minerales.

— Muy bien,—dijo la abuela, dirigiéndose a Jorge, —¿entonces es cierto que el estudio empieza a agradarte?

— Jorge es mucho más aplicado que antes,—dijo doña Clara.

— Muy bien... me alegro... me das una noticia verdaderamente consoladora. Mas, desearía saber

si Jorge estudia con el fin de ilustrarse de veras, de enriquecer su mente de nociones que han de serle útiles en el transcurso de la vida o bien si lo hace sin pensar en todo eso y sólo para pasar de grado y disfrutar de las vacaciones en el año venidero...

— Para conseguir las dos cosas,—respondió con sinceridad Jorge,—y también para que usted, abuelita, deje de mortificarme con sus *dichos*...

— ¡Ojalá sea cierto lo que dices... y llegues a parecerme a Ada... que...—Jorge, enojado, interrumpió a la abuela...

— ¡Ada!... ¡Ada!... ¡Siempre Ada!... Usted no ve más que por los ojos de ella... ¿Se cree usted que ya no nos hemos dado cuenta de que es su preferida?

— Hay preferencias justificables, hijo mio...

Quiero entrañablemente a todos mis nietos, pero como entre ellos los hay obedientes, dóciles, aplicados, etc., y otros que no lo son, es muy justo que los más buenos sean más queridos y apreciados que los otros... porque los primeros, con sus mismas bondades se captan las simpatías de parientes y amigos, mientras que los otros...

— Los otros sólo merecen sermones y castigos... ¿verdad?—dijo Jorge.

Doña Clara intervino.

— Puedo asegurarle, mamá, que Jorge no es ya el holgazán de antes... y creo que pronto tendrá usted motivos para estar contenta de él...

— Me lo auguro,—dijo la anciana.

El niño estuvo dos días más en el campo y a su regreso hizo ver a la maestra los minerales que había traído.



La señorita Raquel, dijole entonces, que con verdadero placer utilizaria algunos para la clase del día y dijole también que esos minerales tenían para ella un valor especial; el de probarle que las diversiones no le hacian olvidar sus estudios ni su maestra.

— Porque has de saber, — continuó ella, — que nada satisface tanto al maestro como el ver que sus alumnos sacan provecho de las lecciones y le quieren.

Jorge fijó sus ojazos tan vivaces siempre en los de mirar tranquilo de su preceptora, como si solicitara de ellos una explicación más...

— ¿Te sorprende tal vez el modo familiar con que te trato? — preguntóle la señorita Raquel, respondiendo así a la muda interrogación de su alumno... — pues te diré que desde cuando me encargué de prepararte para el examen hubiera querido tratarte con la afabilidad y el cariño con que suelo tratar a los niños en general, por ser ellos mis mejores amigos; pero, desde el primer día me di

cuenta que mi presencia sólo te causaba desconfianza y desagrado... Por fortuna, las cosas han cambiado y espero que desde este momento seremos buenos y leales amigos... ¿verdad? Yo la amiga exigente; tú, el amiguito cumplidor.

Jorge se sonrió, prometiéndose a si mismo hacerlo posible para ser digno de la estimación de esa tan buena y distinguida maestra.



UNA LECCIÓN DE MINERALOGÍA

Maestra. — Y ahora, a estudiar,— dijo la señorita Raquel,—¿qué son los minerales?

Jorge. — Los minerales son cuerpos sin vida, insensibles, que no nacen como los animales y vegetales, ni se desarrollan como éstos.



M. — Esta piedrecita, ¿a qué reino de la Naturaleza pertenece?

J. — Al reino mineral y decimos que es sólida porque las partículas o moléculas que la forman, son tan unidas entre sí que sólo mediante un instrumento *contundente* es posible separarlas...

M. — De modo que los minerales se caracterizan por su solidez...

J. — No, señorita. No soy tan ignorante como cuando usted me interrogó por primera vez y sé que hay minerales líquidos, como lo son el agua, el petróleo...

M. — ¿Siempre es líquida el agua?

J. — No, señorita. Cuando se congela se endurece y se transforma en hielo.

M. — ¿En cuál estación congélase con más facilidad el agua?

J. — En invierno.

M. — ¿Por qué?

J. — Porque con el frío el agua se vuelve *dura*.

M. — Exprésate mejor. Di que el agua expuesta a la acción de un frío intenso, se solidifica. Decíamos, entonces, que los minerales pueden ser sólidos y líquidos... ¿verdad?

J. — Sí, señorita.

M. — ¿Y no los hay también que se presentan bajo otra forma?

J. — No me acuerdo.

M. — No te acuerdas ya de cuando, previo permiso de tu mamá te conduje a la cocina y llamé tu atención sobre el humo que salía de una olla llena de agua a punto de hervir.

J. — Sí, sí... ya me acuerdo. Ese humo era el agua que *paulatina-mente, poco a poco* se convertía en vapor.

M. — ¿Y qué ha menester para que se produzca aquella transformación?

J. — Es necesario *calentarla*...

M. — Di más bien, exponerla a la acción del calor... ¿Cómo se llama el agua, bajo ese nuevo aspecto?



J. — Agua en estado gaseoso.

M. — Muy bien. Todavía nos queda un poco de tiempo que aprovecharemos hablando de algunos de los minerales que has traído.

¿Cómo se llama esa tierra amarillenta?

J. — Se llama arcilla.

M. — Arcilla, o más vulgarmente, tierra de alfarero, porque la utilizan los alfareros en la fabricación de macetas, ollas, jarrones, botijos, etc.



Los artistas que trabajan el mármol, la utilizan también y le dan el nombre de *barro de los escultores*.

¿Abunda la arcilla en nuestro país?

J. — Sí, señorita.

M. — Está bien. Es bueno sepas que la arcilla no es toda igual a ésta, pues la hay pura, mucho más fina, de color blanco, *compacta* y

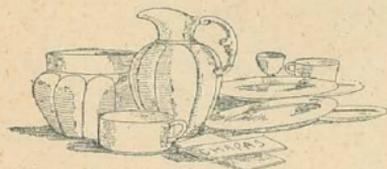
untuosa al tacto, que se llama caolín, y que se emplea en la fabricación de objetos de porcelana.

De este mineral hay grandes cantidades en la sierra de Ambato, provincia de Catamarca.

¿Y el yeso, qué es?

J. — Es un mineral.

M. — Sí; yeso es el que empleas para escribir en tu pequeño pizarrón...



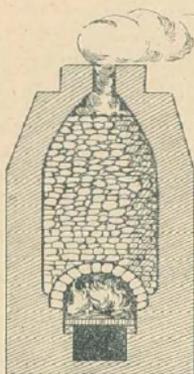
Obsérvalo y dime qué diferencia hay entre el yeso y la arcilla.

J.— Son diferentes en el color. El yeso es blanco y la arcilla es amarillenta.

M.— Pero el yeso, cuando es extraído de las minas es muy diferente de éste...

Es una piedra *quebradiza* de distintos colores; las hay grises, rojizas, amarillentas y azuladas.

Se la llama también *pedra aljez* y sólo después de haber sido sometida a la acción del fuego, se saca de ella lo que llamamos tiza.



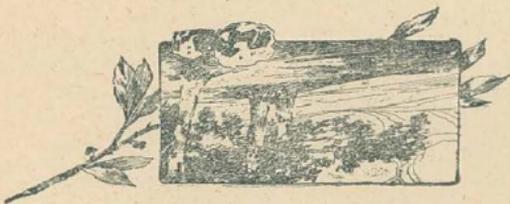
Quiero hacerte ver, mediante un dibujito, cómo son los hornos sobre cuyas bóvedas se amontonan los fragmentos de piedra de yeso para su calcinación.

Con el yeso se hacen estatuillas, moldes de escultura y arquitectura; se lo emplea para cielos rasos y es también un excelente abono para la tierra vegetal, teniendo aplicación hasta en la fabricación del papel.

La República Argentina es rica en minas de yeso, pues las hay en las provincias de Buenos Aires, de Entre Ríos, Córdoba, etc.

Ahora guarda tus minerales, ellos serán el inicio del museo que, bajo mi dirección, irás formando a medida que adquieras conocimientos en materia de ciencias naturales, porque sé que te será

muy útil tener a tu disposición una muestra de los minerales, vegetales, insectos, etc., cuya estructura y propiedades has de estudiar; y por hoy basta.



UNA CLASE DE LECTURA

Para la clase de lectura libre te he traído hoy un interesante cuentito,—dijo la señorita Raquel.— Me he propuesto hacer lo posible para despertar en ti el amor a la lectura, porque sé que el niño que lee con placer e interés libros bien escritos y morales, a la par que se educa se instruye en el bien.

Siempre que leas en voz alta esmérate para pronunciar con corrección las palabras y cuida de hacer las pausas que la puntuación señala, porque son muchos los que saben leer, pero contados los que leen bien.

Jorge leyó:

1 POR UNA MONEDA

¡Qué tentadora había sido para los dos pilluelos la gastada moneda de níquel que, deslizándose por el agujero de uno de los bolsillos del andrajososo pantalón de Pedro el mendigo, acababa de caer al suelo!

Corrieron ambos en pos de ella, mientras el pobre anciano, sin darse cuenta de nada, seguía a paso lento el camino que conducía a su casa.

—La moneda es mía porque la he visto caer antes que tú,—dijo uno de los traviosos...

—No; será de quien la recoja,—objetó el otro,—y ambos, al llegar cerca del sitio donde había caído la moneda, se pegaron varias bofetadas, y a empujones terminaron por caerse al suelo.



Se levantaron, pero el mayor, más enojado que nunca *se abalanzó como flecha* sobre el menor, que estaba a punto de recoger los veinte centavos, y tirándole reciamente de los cabellos, le gritó:— Dame esa moneda si no

quieres que te mate a golpes...

¡Cómo embrutecen al ser humano la cólera y el egoísmo!

Aquellos dos niños parecían dos furias.

No conformes con pegarse puntapiés, el más pequeño intentaba morder a su adversario, y lo hubiera conseguido sin la intervención de una buena mujer que por allí pasaba...

— Esa moneda no es de ninguno de los dos,—dijo la señora, mientras separaba a los niños.— He visto lo que ha pasado y mucho me duele veros trabar reyerta por apropiaros de lo que no os pertenece.

Cuando el mendigo perdió los veinte centavos, yo estaba demasiado lejos de él para avisarle, mas

vosotros os encontrabais a pocos pasos del mismo y hubierais debido hacerlo.

A quien pretende apropiarse de lo ajeno se le llama ladrón... porque *robar* significa tomar para sí lo que no es de uno contra la voluntad o a escondidas de su dueño... ¡y qué perversos habéis demostrado ser! ¡pelearos por quitar una moneda a un pobre anciano que para vivir debe mendigar!... ¿no os remuerde la conciencia?

Ambos niños quedaron por un rato pensativos.

Luego, el menor miró a su compañero y se entendieron.

Las palabras sensatas y convincentes de la buena

mujer, habían tocado el corazón de aquellos traviesos.

Si; era cierto, se habían portado como dos pelafustanes, como dos malos sujetos.

Era una voz interior la que se lo repetía, haciéndolos sufrir.

El más travieso de los dos recogió la moneda, y se-

guido del otro echó a correr tras el anciano.

Lo alcanzaron y se la devolvieron.

Cuando el viejecito, enterado de lo sucedido tuvo



en sus manos la moneda, estrechó entre las suyas las manitas del pequeño que se la había entregado, y dijo:

— ¡Qué Dios, te bendiga, hijo mío!

Has hecho una verdadera obra de caridad, porque esta moneda es lo único con qué cuento para desayunarme hoy.

Los dos picaruelos estaban conmovidos.

Que ya no eran enemigos, lo puso de manifiesto la sonrisa con que se saludaron al separarse.

En esa sonrisa reflejábese un triunfo más de la bella diosa Virtud.

— ¿Te agradó el cuento? — preguntó la señorita Raquel a Jorge, cuando éste hubo terminado de leer.

— Muchísimo señorita.

— Entonces no te será difícil hacer para mañana un breve resumen de lo leído, y si lo haces bien no te faltarán narraciones selectas para las clases de lectura libre.



RETORNO DEL CAMPO

La temporada de las vacaciones estaba por terminar, cuando una mañana doña Clara recibió aviso de que pronto su madre y sus hijitos volverían a la ciudad.



Un domingo, por la mañana, detúvose delante de la puerta de la casa de Jorge un carruaje, del que bajaron abuela y nietos.

Fueron recibidos con verdaderas manifestaciones de alegría, y por la noche celebróse con una fiestecita la vuelta al hogar.

La señorita Raquel fué invitada a tomar parte en ella, y como tocaba con arte y sentimiento el piano, deleitó al auditorio, ejecutando varias piezas de música.

También el pequeño Anibal declamó un monólogo que había sido escrito expresamente para él; y con voz clara y natural donaire, dijo:

“ ¡Vaya una dicha!... ”

Maruja no se cansa de repetirme que debo considerarme feliz porque soy tan pequeñín... ¡Vaya una dicha! Soy el menor de mis hermanitos y por serlo me considero el más desdichado de todos!

Figúrate, público querido, que Maruja, la mayor, la que pregona mi felicidad, casi todas las noches va al teatro, donde, según cuenta, ve cosas maravillosas...

Pepe y Rosaura van de cuando en cuando al cinematógrafo; mas yo, desde que visto pantalones, y hace de esto *mucho tiempo*, todas las noches... sí, señor... todas las noches voy al *teatro de la sábana blanca*...

Mamá dice, y está convencida, de que es el único que me conviene... (suspira)...

Y porque soy chico, la misma Maruja no me llama por mi nombre de pila y me dice *Pebete*, *pebetito*, *pebetazo*, según está de humor.

Y Pepe, que sólo tiene dos años más que yo, me trata de *meterete*, debiendo yo tolerar tranquilamente tamaño insulto.

Una vez, porque a esa Maruja, que tú, público mío, conoces ya, la dije que por lo vanidosa debiera llamarse *Misia Coquetería*, recibí unos sopapos...

¿ Puede haber suerte más negra que la mía? ”

Si mis hermanos meten bulla, lo que sucede a menudo, porque son unos revoltosos, se disculpan asegurando que el bullidor he sido yo; y si en homenaje a la verdad quiero desmentirlos, me miran de soslayo (*y con la manita hace ver cómo lo amenazan*) me las prometen... y luego me las dan...



¡Oh, sí!

Se olvidarán de sus deberes,
Se olvidarán de la lección,
Mas no... de darme el coscorrón...

De modo que, público amable, dígame que quisiera tener veinte años, treinta años, muchos

años... ser un hombre alto, grueso, tener barba, bigotes... unos bigotazos fenomenales...

Entonces sí sería temido y respetado...

Mas porque soy chico tengo miedo de que a ti también, público querido, no te commuevan mis quejas y como mamá opines que el único teatro que me conviene *es el de la sábana blanca.*"

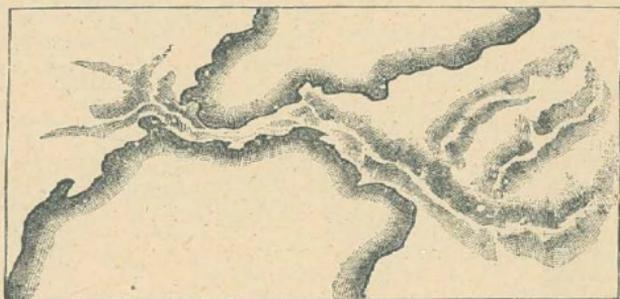
Sínceros y repetidos aplausos coronaron la declamación del niño, quien recibió además besos y caricias por lo bien que había recitado.



UNA LECCIÓN DE GEOGRAFÍA

—Ada, quieres ayudarme a ilustrar un cuadro sinóptico que bajo la dirección de la señorita Raquel hice anoche,—dijo una mañana Jorge a su hermanita:

—Con mucho placer,—contéstole ésta.



— Mi cuadro contiene la explicación de los términos geográficos con que se distinguen las diferentes conformaciones de la Tierra.

Sólo en el tercer grado se estudia todo esto, pero yo lo hago ahora para estar así mejor preparado cuando lo curse.

Sacó su cuaderno, lo abrió, y leyó en alta voz:
Tema.

LECCIÓN DE GEOGRAFÍA

Explicar, mediante un cuadro sinóptico el significado de las palabras: continente, llanura, desierto, oasis, bosque, floresta, campo, prado, loma, colina, montaña, cadena de montañas, valle, volcán...

CUADRO SINÓPTICO

<i>Términos geográficos</i>	{	Palabras especiales empleadas para denominar los fenómenos que presenta la configuración de la Tierra y de las aguas que forman el Globo terrestre.
<i>Continente...</i>	{	Gran extensión de tierra, rodeada por el mar, y que no se la llama isla por ser inmensa su extensión.
<i>Llanura o planicie</i>	{	Extensión de terreno sin elevaciones ni depresiones.
<i>Bosque o selva</i>	{	Sitio poblado de árboles y matas.
<i>Desierto.....</i>	{	Vasta extensión de terreno, sin vegetación y sin habitantes.
<i>Oasis.....</i>	{	Espacio de tierra adornado de vegetación, situado en medio del desierto.

Floresta..... { Sitio poblado de árboles, arbustos, plantas, hierbas y flores, pero menos vasto que el bosque y la selva.



Campo..... { Terreno espacioso y llano, sin más cultivo que las hierbas y flores que nacen en el mismo sin haber sido sembradas.

Campo cultivado..... { Campo en que el labrador siembra el trigo, el maíz, etc. para cosecharlos después cuando están maduros.

Prado..... { Extensión de terreno en que crece el pasto que sirve de alimento al ganado.

Loma..... { Pequeña elevación de tierra.

- Colina*..... } Elevación de tierra cuya altura y extensión son mayores que las de una loma.
- Montaña*.... } Elevación de tierra de una altura considerable.
- Cadena de montes o cordillera.* } Serie no interrumpida de montañas que se extienden en una gran distancia.
- Valle*..... } Llanura de tierra entre montes y alturas.
- Volcán*..... } Monte que contiene en su interior materias combustibles, como azufre, lava, etc., y que las arroja por su parte superior mediante una especie de boca llamada cráter.

—¿ Y tú, sabes todo esto ?— preguntó Ada a su hermano, después de haber mirado con atención el cuadro...

— Sí, y lo aprendí con suma facilidad. ¡ Vieras qué bien explica las lecciones la señorita Raquel !

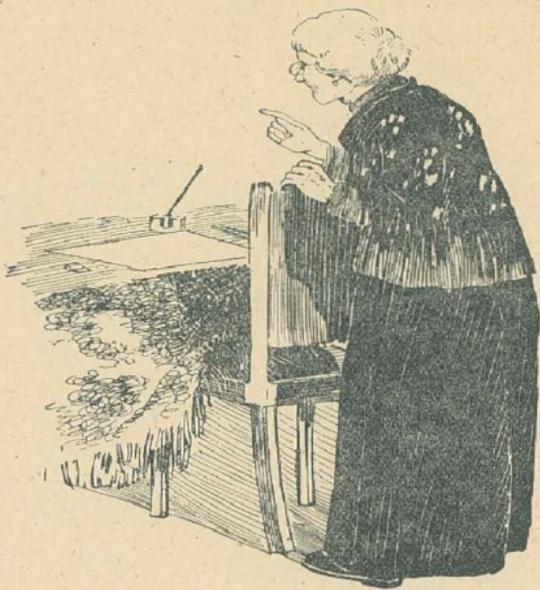
¡ Cuánto me agradaría continuara siendo mi maestra !

Mas, por desgracia, ayer nos dijo que ya no podría venir, porque desde mañana tiene que ir a ocupar su puesto en la escuela en la cual está empleada. Dificilmente encontraré una maestra tan bondadosa y paciente como ella.

¡Horas de *esparcimiento* me parecieron las que pasé estudiando bajo su dirección!

Al despedirse prometió visitarnos, y para cuando venga quisiera estuviesen hechos los dibujos que te pedi.

— Lo estarán, — dijo Ada, — porque en seguida pondré mano en ellos y... ¡ojalá resulten tan bien hechos como lo deseo!



— Lo resultarán, — dijo la abuelita, que habíase acercado a la mesa para mirar el cuadro de Jorge.

— ¿Por qué lo asegura usted, abuela?

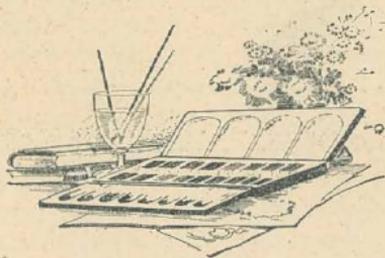
— Porque siempre he visto que es fácil conseguir hacer bien un trabajo cuando quien lo hace se empeña en ello, llevando al mismo tiempo a la práctica los conocimientos que ha adquirido respecto a su ejecución...

— ¡Historias!... ¡Cuántas veces he querido hacer bien una cosa y me ha salido mal!, — dijo Jorge.

— Por cierto, que si alguien quisiera hacer buenos versos sin haber aprendido el *mecanismo* de la *versificación*, es más que probable no lograrse su intento... pero si yo he dicho que Ada puede hacerte unos dibujos primorosos es porque ha aprendido a dibujar bien, y el lápiz, como la pluma, obedecen a su manita que los sabe mover diestramente.

— No veo la hora de tener tantos años como usted, — dijo Jorge, — porque así, cuando hable, tendré siempre la razón.

Por cierto, hijo mío, que la experiencia que tanto *alecciona* a los hombres es privilegio de los ancianos, y que por lo mismo los niños mucho tienen que aprender de ellos, — dijo suspirando la abuelita...



JORGE VUELVE A LA ESCUELA

Una mañana, doña Clara, acompañada del niño, fué a inscribirle en la "Escuela Superior de Varones" que quedaba más cerca de su casa.

Pero como Jorge no tenía certificado de promoción y dijera estar preparado para ser admitido en el tercer grado, el Director dijole que sólo previo examen podría conseguirlo, y desde luego le prefijó el día y la hora en que éste se verificaría.

Faltaríamos a la verdad si dijéramos que cuando el niño se presentó para ser sometido a la prueba decisiva no le dominaba viva agitación; pues su rostro, de pálido que era tornóse carmesí, mientras su corazoncito latía aceleradamente.

Pero al mismo tiempo estaba contento, porque sentíase seguro de sí y esperaba salir airoso de aquel examen, lo que habríale permitido demostrar a sus queridos padres, a la incontentable abuelita y a su estimada maestra, que estudiando en las vacaciones había de veras recuperado el tiempo que otrora perdiera.

Llegó el día de la prueba.

La señorita encargada de juzgar de la preparación del niño empezó por examinarle de idioma

nacional, diciéndole que escribiese en el pizarrón las siguientes máximas que ella misma le dictara:

“ El hombre laborioso es siempre más feliz que el holgazán, porque mientras para éste las horas son eternas, pa-

ra aquél transcurren velozmente, con provecho propio y ajeno.

Al trabajador raras veces falta lo necesario para el sustento, mientras que el ocioso carece de lo más preciso y culpa de su indigencia a la mala suerte.

Tres fueron los errores de ortografía que cometió Jorge:

escribió *holgazán* sin acento en la última a; *necesario* por *necesario* e *indigencia* por *indigencia*.

Notólas la examinadora, mas no quedó descontenta; pues sabía muy bien que un niño de diez u once años difícilmente es muy *ducho* en gramática.

Luego le mandó que leyera en voz alta, expli-



cando lo leído; y para examinarlo de aritmética dióle un problemita que resolver.

Portóse bien Jorge, logrando distinguirse, cuando la maestra le dijo que le hablara del trigo.

—El trigo, empezó el niño, ya muy dueño de sí mismo, es una planta que abunda en la República Argentina.

Pertenece a la familia de los cereales y los agricultores la cultivan con preferencia porque el suelo y el clima se prestan para ello; y también porque es muy útil al hombre, que de sus espigas saca la harina con la cual se fabrica el pan.

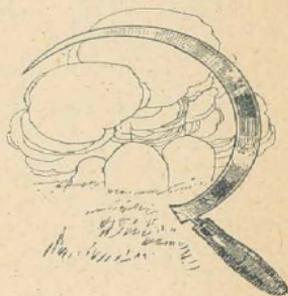
—Perfectamente. ¿Sabrías también decirme cómo se produce el milagro de la transformación del trigo en harina?

—Cuando las espigas están maduras, es decir, cuando tienen un bello color dorado, los agricultores las siegan con la hoz o con máquinas especiales llamadas segadoras; luego las atan en *manojos*, con los que forman las *parvas*.

Después, con las trilladoras separan el grano de la paja y los tallos.

—Continúa, continúa...

—Después ponen el grano en bolsas y ya está pronto para ser llevado al molino, por cuyas piedras es triturado y reducido a ese finísimo polvo que llamamos harina.



— Muy bien. Has logrado lo que apetecias; pasas a tercer grado.

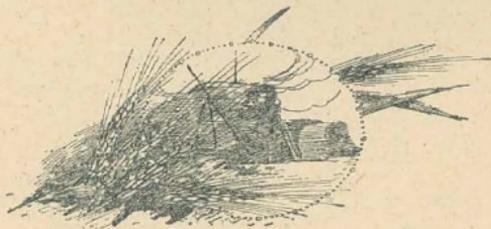
¡Qué alegría experimentó Jorge al oír las palabras con qué le despidió su examinadora!

Los de su casa celebraron también la buena noticia, felicitando al niño, y la abuelita le dijo:

— Resultó ser cierto el refrán que reza: “ Querer es poder ”.

— ¡Milagros! ¡Ya me esperaba la máxima!...

— “ Muda el lobo los dientes y no las mientes ”,— dijo de nuevo la abuela. Tendrás que acostumbrarte a mis dichos; pues serán siempre oportunas enseñanzas; sin embargo, junto con las felicitaciones de los demás, recibe las mías... Hoy has recibido el premio del que has ido en pos con tu esfuerzo; que te sirva, esto, de lección.



EL PRIMER DÍA DE CLASE

El primer día de clase lo es casi siempre de alboroto en la escuela.

La gran familia escolar, que después de tres meses vuelve a hallarse reunida, necesita de un momento de expansión antes de reanudar su ardua labor.

Mediante la sonrisa y el apretón de manos con que el Director saluda a los maestros, a sus buenos y leales compañeros de tareas, pone de manifiesto que se considera feliz por volverlos a ver, y también que se siente vinculado a ellos por lazos de gratitud y cariño.

Los maestros comprenden y agradecen esa táctica demostración de afecto y se conceptúan contentos por encontrarse otra vez allí, en la *mansión* querida, en la que cumplen con la noble misión de educar mentes e iniciar en el bien a miles de corazones infantiles.

¿Y los niños?

¡Oh, los niños; cuán bullangueros son en todas las manifestaciones de su espíritu!

Van, vuelven, corren, saltan, y alegres risotadas, palmoteos, una algarabía de voces en todos los tonos del diapason musical, vivas, interjecciones las más extravagantes y por ellos creadas, se intercalan, se suceden sin interrupción, no logrando ese día sosegarles el toque de campana que les avisa haber llegado la hora de entrar en clase.



Muchos de esos pequeños ignoran, por cierto, que el recuerdo de esas

horas quedará para siempre grabado en su mente, como el de un tiempo feliz, que no ha de volver!

¡Escuela!

Palabra querida que hace acelerar los latidos del corazón del anciano a quien rememora los bellos días de su infancia; palabra cara al adulto, que mucho estima la labor que en ella se lleva a cabo, labor de cuyos resultados dependen la grandeza de la Patria y el bienestar de sus hijos... palabra, en fin, que es todo un poema para el niño, quien en el aula se inicia en la vida intelectual y pública.

Para Jorge, todo era nuevo allí: casa, maestros, alumnos le eran desconocidos.

Cuando entró en clase llamaron su atención el aseo y el orden que en ella reinaba.

Paredes y techo eran tan blancos como un copo de nieve; el piso, sin una mancha, y por dos grandes ventanas entraban aire y luz en abundancia.

Los bancós y demás enseres escolares, de limpios, parecían nuevos, y todo ese bello conjunto mucho alegró el espíritu del niño.

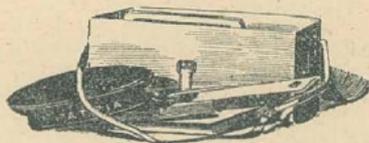
Viendo a su maestra contestar afectuosamente a los saludos de muchos pequeños, los cuales por haber sido sus alumnos en los años anteriores se le aproximaban sonrientes, pensó en que sería, sin duda, una buena y paciente persona.



Por último, miró con atención a su compañero de banco a quien halló simpático. Era un niño de su edad, poco más o menos; sus cabellos eran rubios, claros sus ojos, y sus facciones correctas.

Vestia lujosamente, y desde luego Jorge quedó prendado de su donaire; y en su casa, al hablar de la escuela, mencionó a su compañero diciendô que, por el traje que vestía, comprendíase que era un niño distinguido... y la abuela le dijo: "Acuérdate de que las apariencias enga-

ñan, y antes de llamar con el dulce nombre de amigo a alguien trata de conocerle bien, de saber si es de alma sana y de corazón noble; porque, así como un buen amigo vale un tesoro, un mal amigo es el peor de los enemigos que puede tener una persona.”



JORGE COMIENZA BIEN

Desde que iba a la escuela, Jorge estudiaba diariamente sus lecciones, esperando siempre ser interrogado por la maestra.

Anhelaba ser conceptuado de inteligente y estudioso, y por eso púsose contento una mañana, cuando la maestra, llamándole por su nombre, le preguntó:

Maestra. — ¿A qué partes del cuerpo humano damos el nombre de extremidades?

Jorge. — A los brazos y a las piernas.

M. — ¿Y cuáles son las extremidades superiores?

J. — Extremidades superiores o torácicas son los brazos junto con las manos. Los brazos están unidos al cuerpo por la espalda.

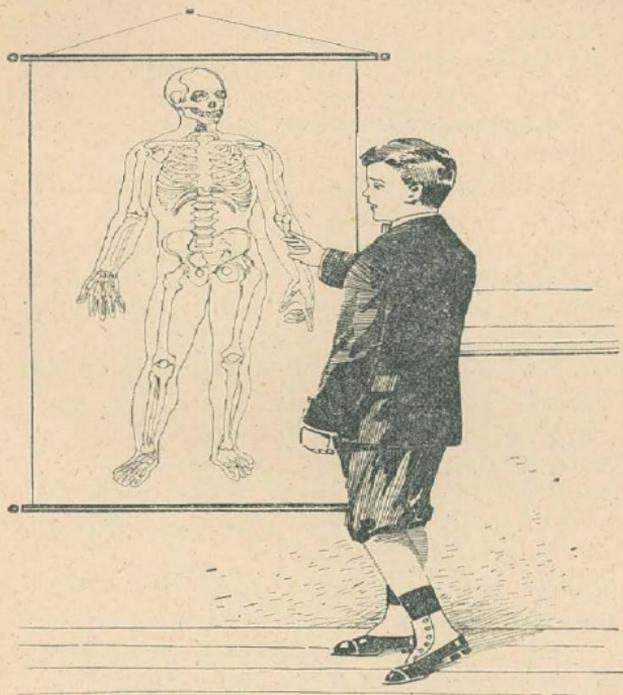
M. — Y las extremidades inferiores, ¿cuáles son?

J. — Las inferiores o abdominales son las piernas con los pies.

M. — ¿Sabrás decirme en cuántas partes ha sido dividido el cuerpo humano, para estudiarlo con más orden y facilidad?

J. — Sí, señorita. Se le considera dividido en tres partes: cabeza, tronco y extremidades.

M. — Di de la cabeza lo que sabes, y, a medida que nombres sus partes, señalálas en el cuerpo humano, que está tan bien representado en ese cuadro...



Jorge, para obedecer a su maestra salió del banco, y a medida que hablaba de un órgano o de un hueso, lo señalaba sin equivocarse.

J. — La cabeza, — dijo, — se compone del cráneo y de la cara.

En el cráneo está el cerebro, que es el centro del sistema nervioso; y en la cara están los órganos de los sentidos, que son: los ojos, la nariz, la boca, las orejas.

M. — ¿El cerebro en qué está encerrado?

J. — En una caja ósea que le protege.

M. — Señálame el tronco y dime lo que sabes de él.

J. — El tronco contiene muchos órganos importantes.

M. — Sí, y como os dije el otro día, el tronco está enteramente subdividido en dos partes por una especie de tabique *musculoso* o, mejor dicho, de carne, que se llama diafragma.

Juan, escribe esta palabra en el pizarrón. *Diafragma* (Juan escribó).

M. — Jorge, repite esta palabra.

J. — Diafragma.

M. — Bien. ¿Qué órganos hay, pues, aquí (señalándolos), en la parte superior del diafragma, y cómo se llama esta parte?

J. — Esa parte se llama tórax o pecho, y en ella están el corazón y los pulmones.

M. — Muy bien. Y en la parte inferior, que se llama abdomen o vientre, ¿que hay?

J. — En el abdomen o vientre están el estómago, los intestinos, el hígado, el bazo, los riñones...

M. — Muy bien. Has estudiado con provecho y estoy contenta de ti.

Quisiera saber, si te acuerdas también, del nombre de los principales huesos que tenemos en las extremidades.

J. — Si, señorita. En el brazo tenemos un hueso largo, éste (lo señala), que se llama húmero y en el antebrazo tenemos dos: el radio y el cúbito.

En la mano tenemos el carpo, metacarpo y los dedos...

En la pierna el fémur, que llega hasta la rodilla, la tibia y el peroné que están en la pierna propiamente dicha: el tarso, el metatarso y los dedos que están en el pie.

M. — Te has ganado la mejor nota; tienes un cinco.

Mucho halagó a Jorge la distinción de que le habia hecho objeto su maestra, y prometiése a sí mismo estudiar mucho para merecer siempre el aprecio de sus superiores.



VISITA GRATA

Desde que la señorita Raquel había reanudado sus tareas en la escuela, no había podido, muy a pesar suyo, disponer del tiempo necesario para visitar la familia de Jorge, de la que tan caros recuerdos conservaba.

Jorge, a su vez, pensaba con frecuencia en su querida maestra; y siempre que sus superiores le tributaban algún elogio por su buen comportamiento, pensaba en que la mayor parte de éstos correspondían a la señorita Raquel, quien había hecho el milagro de despertar en él el deseo de instruirse.

Bello y noble sentimiento de gratitud vinculábale a la que fuera su maestra, enalteciendo ese sentimiento su alma, porque el agradecimiento es valioso patrimonio de virtud.

En las horas de la tarde de un sábado, pudo, finalmente, la señorita Raquel visitar al niño.

¡Con qué alegría fué recibida y de cuántas demostraciones de afecto hicieronla objeto! Jorge hubiera querido le escuchara a él solamente... ¡Eran tantas las cosas que deseaba contarle!

Quería enterarla de sus adelantos; hubiera deseado hacerle ver uno por uno todos sus cuadernos, y sin la intervención siempre oportuna de la

previsora abuelita, el niño le hubiera recitado cuantas lecciones aprendiera.

—No seas cargoso, — habíale dicho la anciana... — Habla, sí, pero deja hablar. Es faltar a las más elementales reglas de la urbanidad secuestrar para sí a quien está en compañía de otros.

El niño suspiró, y con su mirar reconvino tácitamente a su abuela.

La señorita Raquel se entretuvo largo rato hablando de los suyos, de la escuela en la cual trabajaba, diciendo que en esos días estaba precisamente más atareada que de costumbre, por tener



que organizar una fiesta escolar para el día 25 de Mayo.

Ada, entonces, recomendó le buscara una poesía, un canto a la Patria, breve e inspirado, para enseñárselo a Anibal, quien a petición de su maestra tenía que recitarlo en la escuela.

La señorita Raquel prometió complacerla, y, efectivamente, dos días después recibió Ada esta bellísima poesía:



¡Cómo brilla, palpita y centellea
¡Esé nombre de "Patria" bendecido!
Agita el corazón, late en la idea
Y arrulla con su mágico sonido.

La Patria es el hogar donde nacimos,
La Patria es el rincón donde morimos,
La plegaria primera que aprendemos,
La caricia postrer que recibimos.

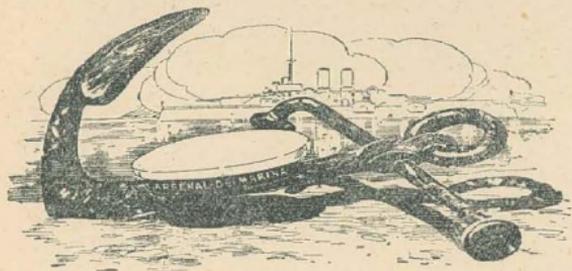
Patria es el himno religioso y santo
Que escucha del bosque en la espesura
Cuando tiende el crepúsculo su manto:

Patria es el nido de la selva obscura,
Primera oración, el primer canto.

Patria es trasunto de insondable anhelo,
Patria es todo lo grande y lo fecundo
Que brilla como un astro desde el cielo,
Es todo lo que irradia sobre el mundo:
Sacrificio, pasión, numen, consuelo.

La Patria es fe, la Patria es heroísmo,
Fe del mártir, emblema del soldado,
Lazo del porvenir que une al pasado
Como puente de luz sobre un abismo.

LEOPOLDO DÍAZ.



UNA COMPOSICIÓN DE JORGE

Probó Jorge otra satisfacción el día en que después de haberle explicado la maestra, con claridad los hechos principales de la Revolución de Mayo de 1810, lo eligió entre los demás alumnos para que escribiera una composición resumiendo en ella lo explicado; composición que al resultar bien hecha sería leída por su autor el día que el Director de la escuela señalara para conmemorar la gloriosa fecha histórica.

Jorge habló en su casa del honorífico encargo recibido y Ada apresuróse a ofrecerle su ayuda que, por cierto, era de valía para el niño, porque Ada, más adelantada en estudios, tenía predilección por el idioma nacional.

La oferta halagó a Jorge, quien, sin embargo, no la aceptó, porque a tiempo acordóse de que la señorita Raquel solía repetirle ser necesario acostumbrarse, desde la más temprana edad, a contar con su propio esfuerzo.

Él haría el trabajo, y Ada, después de haberlo leído, le diría con sinceridad si estaba o no bien.

He aquí la composición de Jorge:



25 DE MAYO DE 1810

La fecha del 25 de Mayo de 1810 es memorable para nosotros los argentinos, porque nos recuerda el día en que muchos valientes patriotas proclamaron libre a nuestra amada Patria.

Todos aquellos grandes hombres nos merecen gratitud y respeto, y debemos recordar los nombres de los que formaron la Primera Junta de Gobierno.

Ellos fueron: don Cornelio Saavedra, don Manuel Belgrano, don Juan José Castelli, don Manuel

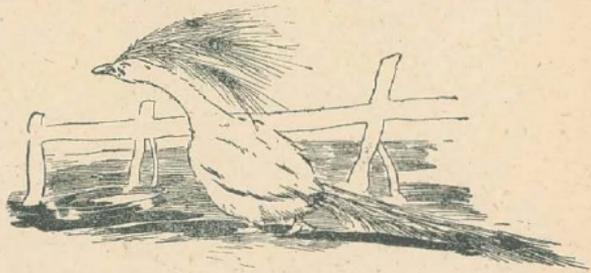
Alberti, don Miguel Azcuénaga, don Domingo Matheu, don Juan Larrea, doctores Juan José Passo y Mariano Moreno.

La maestra nos ha dicho que también nosotros llegaremos a ser útiles a la Patria si desde ahora estudiamos con buena voluntad y provecho.

.....
Leyó Ada la composición de su hermano, encontrándola regularmente hecha aunque algo breve; corrigió los errores de ortografía que el niño había cometido y propúsole además ampliarla.

Mas doña Clara, que por estar cosiendo en el mismo aposento donde los niños platicaban, lo había oído todo, aconsejó a su hijo presentara su composición tal cual como estaba, porque la *ayuda del vecino* sería conocida por la maestra con *desdoro* de la buena fama de quien atreviase a dar por suyo el trabajo...

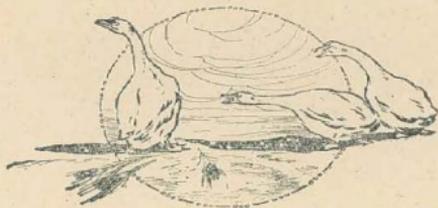
Recordóle, además, el cuento tantas veces narrado de aquel pobre ganso que por haber encontrado



unas hermosas plumas caídas de la cola de un pavo real, adornóse con ellas cabeza y cuerpo cre-

yendo así nada tener de ganso, mas apenas hubo dado pocos pasos, cayéronsele las malhadadas plumas y sólo cosechó abundante mies de *escarnios*.

El consejo de doña Clara fué excelente, puesto que la maestra dijo a Jorge que uno de los motivos que habian contribuido a que le agradara el trabajo presentado por el niño, era precisamente porque comprendía haberlo escrito él, sin ayuda alguna.



El abuelo, ya del todo despierto, hojeó uno por uno los tres sobres y con sonrisa socarrona dejó entrever que aquellos trazos caligráficos no le eran desconocidos.

— Vamos a ver que me dicen esos picaruelos.

— ¡Los tres han caído en la trampa...

¡Pobrecitos! No piensan en que su abuelito no se cansa de buscar medios para conocer sus sentimientos más íntimos, para leer en sus almitas y purificarlas de todo lo que pudiera afeardarlas...

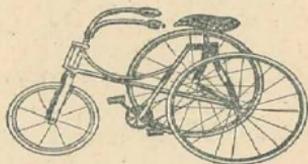
Mientras el abuelo va en busca de sus lentes, diré a los amiguitos lectores que el buen anciano había escrito a cada uno de sus tres nietos, residentes en el campo, que con motivo de las próximas fiestas de Navidad y Año Nuevo había resuelto regalar a cada uno de ellos lo que mediante carta solicitaran, siempre que en sus pedidos se mantuviesen en los límites de lo razonable y posible.

Las cartitas que el abuelo acababa de recibir le enterarían, sin duda, de los deseos de sus nietos.

Puestos los lentes, empezó el abuelo a leer la primera carta.

Querido abuelito:

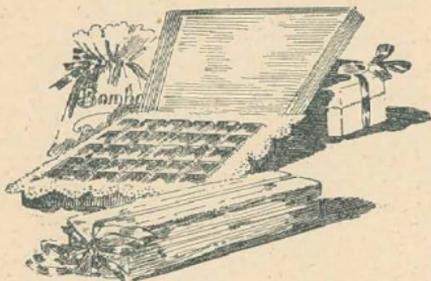
Quisiera tantas cosas que no sé por cuál resolverme. Quisiera ser dueño de un automóvil, de una bicicleta, de un aeroplano, pues los vuelos de Cattaneo me han entusiasmado más de lo preciso.



Todo esto y más aún quisiera, pero sé que usted

no es rico y sólo le pido me mande una linda bicicleta... Las hay *requetebonitas* y de poco precio.

Si después de haberla comprado le quedara todavía algo del dinero que había resuelto gastar para mí,



cómprame bombones y caramelos, y al embalarlos trate de que no se conozca que son golosinas: porque sólo así podré comérmelos tranquilamente sin tener que repartirlos con mis hermanos, quienes son unos glotones.

famosos... Ya sueño con la bicicleta que será para mí sólo; ¿verdad?...

Adiós, abuelito, mande pronto los regalos prometidos y reciba un abrazo de su nieto,

José.

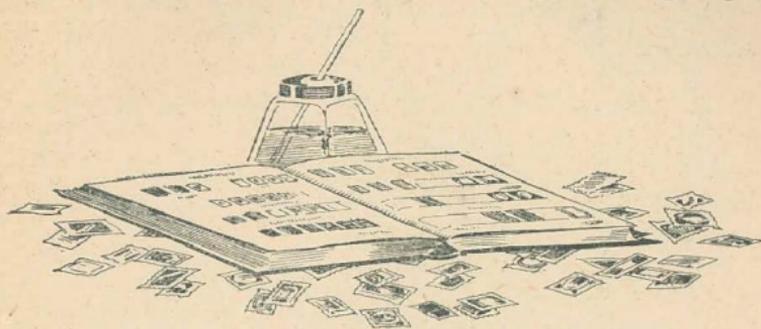
El contenido de esta carta desconcertó al abuelo. Siempre he temido que José fuese egoísta y, por desgracia, veo que no me he equivocado... refunfuñó...

Abrió la segunda carta y empezó a leer.

Abuelito mío:

Gracias por su oferta. Después de mucho cavilar, he resuelto pedirle un álbum para mis estampillas, lindo, bien encuadernado, como aquel que vimos una vez en los escaparates de la librería "San Martín".

Mi empeño en tener un álbum estriba en que quiero me tenga envidia Pedrito, el del molino, un orgulloso que se cree *ser más que uno* porque



tiene un álbum que, según mi criterio, no vale un comino.

Le doy las gracias anticipadas por el valioso obsequio y le deseo que empiece bien el año.

Le besa, su nieto,

LUIS.

Este Luis es siempre la cabecita hueca de antes... y si además es envidioso, necesita de veras le dé una buena lección, — dijo el abuelo, — y con impaciencia abrió el tercer sobre. Decía la carta:

Abuelito de mi alma:

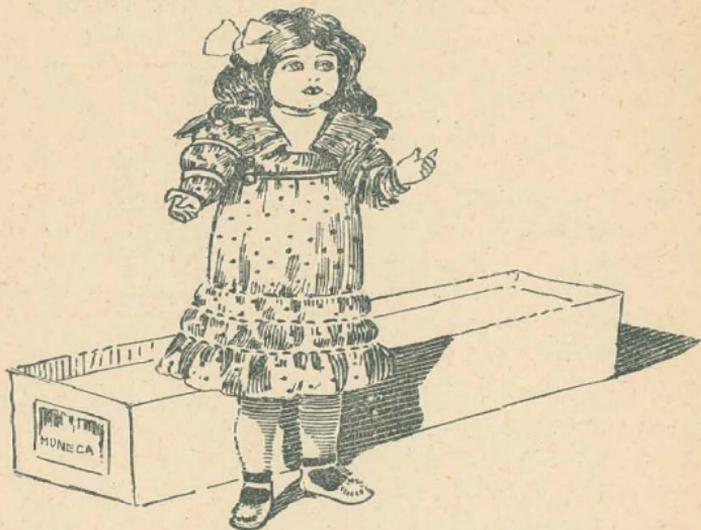
El mejor regalo que usted pudiera hacerme sería el de venir aquí con nosotros para pasar juntos los días de Navidad y Año Nuevo.

¡Viera qué ganas tengo de darle un abrazo!

Pero mamita, me dice que apetezco lo imposible,

porque usted, por su delicada salud no podrá complacerme y entonces, por no quedarme sin regalo, le pido me mande una muñeca... sí... no se asombre... ¡una muñeca!

La quiero para dársela a Pirucha, la chica de la lavandera, una *nená* muy pobre y muy buena que me quiere mucho y que *nunca* tuvo un juguete.



Elijala no muy grande ni bien vestida, porque si la Pirucha viera su muñeca con traje de seda le parecería tal vez demasiado feo su vestidito de percal.

Adiós, abuelito querido, reciba usted un afectuoso beso de este nieto suyo que tanto ansía verle.

Siempre nos acordamos de usted, y mientras esté lejos de nosotros todas las fiestas carecerán para mí de atractivos.

Le besa y *requelebesa*, su

MANOLO.

El buen abuelo besó a su vez la carta.

Se quitó los lentes para secarse los ojos que la grata emoción probada había hecho bañar en lágrimas, y pocos días después empezó a escribir a sus nietos.

Mandó decir a José que, debido a la experiencia que tenía de la vida, había resuelto no mandarle la bicicleta porque ya que la quería para su uso *exclusivo*, los otros hermanos le hubieran molestado pidiéndosela prestada y tal vez hubiera sido motivo de *gresca* entre ellos, y terminaba la carta con estas textuales palabras:

El egoísta, por quererlo todo para sí, hace que nadie piense en y para él.

A Luis dijo que no creía oportuno ayudarle a despertar envidias y que por lo mismo no le mandaba el álbum, y terminaba:

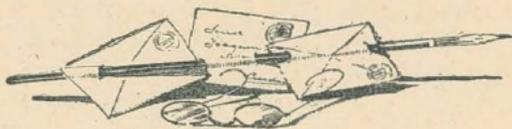
Hijo mío: Acuérdate que la envidia amarga la existencia de quien la cultiva en su corazón.

A Manolo envió bicicleta, álbum, bombones y muñeca, con la siguiente cariñosa carta: Diviértete, nietecito querido... Lo mereces, porque antes aun de pensar para ti pensaste en hacer feliz a una niña pobre... y también porque tan

cariñosamente te acuerdas de este anciano que te adora.

Mantente siempre tan bueno y verás ser cierto que bondad es felicidad.

TU ABUELO.



UNA DISPUTA

Cuando la maestra, en clase, devolvió a los niños las composiciones de higiene por ella corregidas, probó Jorge amarga desilusión al ver que la suya no había sido elegida para ser *transcripta* en el cuaderno modelo...

Jorge ambicionaba ser el mejor alumno de la clase y no obstante se distinguiera por su aplicación y dotes intelectuales, había otro niño, Ricardo, tanto y más aplicado que él, y de Ricardo era la composición aludida.

El favorecido, orgulloso de su triunfo, dirigió una mirada burlesca a Jorge, como para reírse de su fracaso.

Jorge, por no dar su *brazo a torcer* al otro, le miró a su vez con desprecio y en el recreo se le aproximó para decirle: Estoy seguro de que mi composición era mucho mejor que la tuya... y que la señorita...

—No,—objetó Ricardo,—la maestra ha elegido con imparcialidad y justicia, y si ha preferido la mía sabrá por qué lo ha hecho...

—La maestra tiene preferencias y tú eres un

presuntuoso; te crees un sabio y no eres más que un bobo...

— No me insultes,— dijo con enojo Ricardo.

— Yo digo la verdad.

— Presuntuoso e impertinente lo eres tú... tú, que...

Los dos niños insultáronse reciprocamente durante un buen rato y hubieran venido uno con otro a las manos si un maestro no los hubiese separado, amonestándolos severamente, diciéndoles no reincidiesen si no querían ser conducidos ante el Director de la escuela.

Se separaron *abochornados*, mas sin reconciliarse.

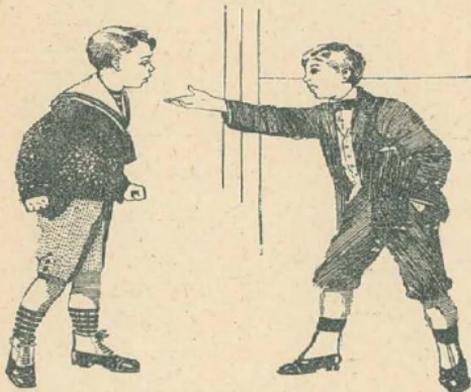
Jorge no hablaría ya a Ricardo y éste negó el saludo a su amigo.

La composición digna de figurar en el cuaderno modelo y que había sido causa del enojo entre los dos niños, era la siguiente:

EL CUERPO HUMANO

Todos los días nuestro cuerpo pierde fuerzas, y si no las recuperáramos no podríamos vivir.

¿Cómo las recuperamos?



Mediante la respiración, la alimentación, el ejercicio físico y el reposo.

Para gozar de buena salud es necesario respirar aire puro y por eso no es saludable permanecer por mucho tiempo encerrados en una pieza, teatro, salón, etc., porque el aire que no es debidamente renovado se *vicia* y es nocivo.

Es malsano habitar cerca de charcos, de fábricas de jabón, de velas y de las curtidurías...

El aire del campo es preferible al de la ciudad porque en ésta escasean las plantas mientras que en el campo abundan, y sabido es que ellas purifican la atmósfera.

También el agua, para que no nos haga daño debe ser *potable* y cuanto más pura, mejor.

Por eso debemos filtrarla y si no pudiéramos hacerlo es necesario hervirla para librarla de los *microbios* que puede contener y que tanto daño nos harían si penetraran, junto con el agua que bebemos, en nuestro organismo.

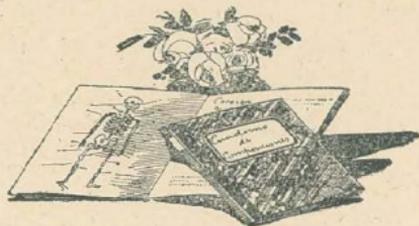
La alimentación, que tanto contribuye a reparar nuestras fuerzas debe ser mixta, es decir, debemos comer, en proporciones adecuadas, carne, legumbres, frutas, huevos, manteca, beber leche, etc.

La persona que come más de lo que debe se expone a enfermarse del estómago y de los intestinos, y la que no se alimenta suficientemente se debilita.

El ejercicio físico nos es necesario para mantener el cuerpo ágil y robusto y el aseo personal,

que tanto nos embellece, nos es indispensable para la conservación de la salud.

La persona que no se lava a menudo todo el cuerpo hace que no trabajen los *poros* de la piel y entonces no pueden pasar por ellos los humores malos, de los cuales debemos librarnos.



AMOR MATERNAL

Un día, Jorge, al volver de la escuela se sintió indispuesto. Dolíale la cabeza; el color encarnado de sus mejillas era más subido que de costumbre; tenía la boca seca y afanosa la respiración.

—Tienes fiebre,—dijole doña Clara. . .—Acuéstate en seguida, y, descansando, quizás te mejores.

Mas, no acertó la buena madre. Jorge pasó muy mal la noche; y por la mañana, sus padres, asustados, mandaron llamar al médico.

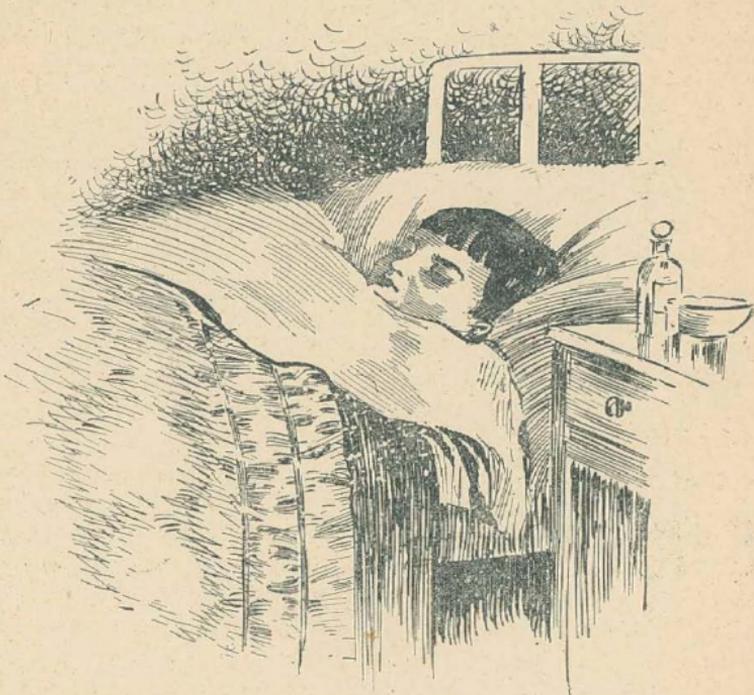
Éste, después de haber examinado con detención al enfermito, dijo perdurar la fiebre mas no serle aún posible pronosticar qué enfermedad le postraba.

Recetóle un purgante y volvió más tarde.

La temperatura elevada y el dolor de cabeza persistían, y Jorge estaba abatidísimo. Dos días después el médico dijo a don Diego, padre del enfermito, que por las manchas que a éste le habían salido en el pecho comprendía que estaba enfermo de tifus, noticia que sumió en la desesperación a todos los miembros de esa buena familia.

Por ser el tifus enfermedad contagiosa, el médico aconsejó a los padres de Jorge alejaran de la

casa a los demás niños; y don Diego, para evitar la propagación del mal, alquiló un departamento amueblado, en el cual establecióse la abuela con los nietos.



Doña Clara, con el corazón en zozobra, se hizo cargo del cuidado de su hijito, proponiéndose no dejarlo un momento y hacer por su parte lo posible para aliviar sus sufrimientos.

¡Qué días angustiosos para la pobre madre!

A veces el niño deliraba, y cada una de las palabras que pronunciaba en su *desvario*, era tormento nuevo para la buena enfermera.

Al *delirio* sucedió el *sopor*, y durante días enteros estuvo el niño extenuado, como adormecido, sin dar casi señales de vida. . . lo que aumentaba el sufrir de doña Clara, quien no se alejaba de la cama en que yacía su amado Jorge; y cuando don Diego trataba de separarla de allí para que descansara, ofreciéndose para sustituirla al lado del enfermo, la madre afectuosa encontraba siempre alguna excusa para no acceder a sus deseos; mas, por fin, después de quince días de permanencia en cama, disminuyó la fiebre, lo que despertó alguna esperanza en el ánimo del médico.

Efectivamente, el *sopor* fué desapareciendo poco a poco y el pulso empezó a regularizarse, produciéndose la deseada mejoría.

La esperanza reanimó el espíritu de esa madre, y grande fué su contento cuando Jorge una mañana abrió los ojos y, reconociéndola, pidióle un vaso de agua.

— ¿Cómo te sientes?— le preguntó la madre.

— Un poco cansado. . . Tengo además el cuerpo dolorido.

— Es que has estado muy enfermo, querido mío. Ahora estás mejor, pero no te fatigues hablando.

Descansa y pronto estarás sano.

La convalecencia fué larga.

Jorge quejábase de su soledad, deseaba la com-

pañía de sus hermanitos, estaba nervioso, agitado, una nonada le afligía, no tenía fuerzas, pero su buena mamá escuchaba con paciencia todas sus quejas y consolábale.

Ora le entretenía contándole cuentos, ora leíale en voz alta algún libro de lectura amena.

Don Diego dedicaba también a su hijo todas las horas que sus múltiples tareas le dejaban libre y con él jugaba al dominó o a los naipes.



Finalmente, cuarenta días después de haber caído enfermo el niño, cuando éste estaba ya sano y la casa desinfectada, volvieron al hogar abuela y nietos, retornando la dicha y la tranquilidad al seno de aquella buena familia.

Antes que Jorge volviese al colegio, la señorita Raquel fué a visitarle y el niño, emocionado, con-

tóle lo que sus padres habían hecho por él, durante su grave y larga enfermedad y rogó a su ex maestra le mandara una poesia que hablara del amor filial porque queria aprenderla de memoria para declamarla el dia del cumpleaños de su buena mamá, para demostrarle cuánto sabia apreciar el cariño del que habiale dado pruebas, en dias para él tan aciagos.

La señorita felicitó a Jorge por su gentil idea, y pocos dias después ella misma entregó al niño la siguiente composición en verso:



Madre, madre, nombre tierno
Como el ave que suspira:
Ser cuyo amor es eterno;
Ser cuyo amor no es mentira:

¿Quién tiene tu abnegación?
¿Quién tan solícito vela?
Cuando llora el corazón
¿Quién, como tú, nos consuela?

Hombres que halláis en la Tierra
Desengaño, luto y llanto,
Ved vuestra madre: ella encierra
En su pecho un templo santo.

Infelices que creéis
Que no hay virtud ni pasión;
Vosotros no comprendéis
De una madre el corazón.

¡Miradla! Amante y sincera
Prodiga cariños a su hijo,
Su vida mil veces diera
Por él, con afán prolijo.

Ningún amor es tan puro,
Ninguno tan abnegado;
Su pecho es tierno y seguro
Asilo del desgraciado.

¡Madre mía! Yo te adoro
Con ardiente amor rendido,
Tu imagen es un tesoro
Aquí en mi pecho escondido.

Si tuviera, madre mía,
Gloria, fortuna, talento,
Por tu dicha los daría,
Sin vacilar un momento.

Madre, madre, nombre tierno
Como el ave que suspira,
Ser cuyo amor es eterno,
Sólo tu amor no es mentira.

MARIANO EGAÑA.

Leidã la poesia, encontrõla Jorge muy de su agrado y al acabar de recitarla, madre e hijo se confundieron en un solo abrazo.



REANUDACIÓN DE TAREAS

Después de cincuenta días de ausencia, volvió Jorge a la escuela.

Su mamá quiso acompañarle para entregar personalmente a la maestra el certificado médico requerido para justificar las faltas de asistencia cometidas por el niño, y también quería rogarla tuviera para con éste alguna deferencia por haberle la enfermedad sufrida debilitado en demasia.

La maestra recibió cortésmente a doña Clara y a su discípulo, quien, pálido y demacrado, después de saludarla respetuosamente, se fué con sus amigos que le llamaban.

Entonces la madre del niño aprovechó la oportunidad para pedir a la maestra informes respecto a la comportamiento de su hijo en la escuela y la maestra, con mucha amabilidad,



contestóle: “ Así como buen alumno, es Jorge buen niño... y quiero también decirle por cuál motivo me he cerciorado de que su hijo tiene buen corazón.

Supe un día que entre él y Ricardo, condiscípulo suyo, había habido motivo de discordia.

No se saludaban ya y Ricardo, para no encontrarse con Jorge, no salía a veces de clase en los recreos.

Porque no debo ni puedo tolerar malquerencias entre compañeros, había resuelto intervenir para que hicieran las paces, cuando Ricardo faltó a clase por ocho días seguidos.

Al averiguar la causa de la ausencia del niño, supe que el pobrecito acababa de perder para siempre a su querida madre.

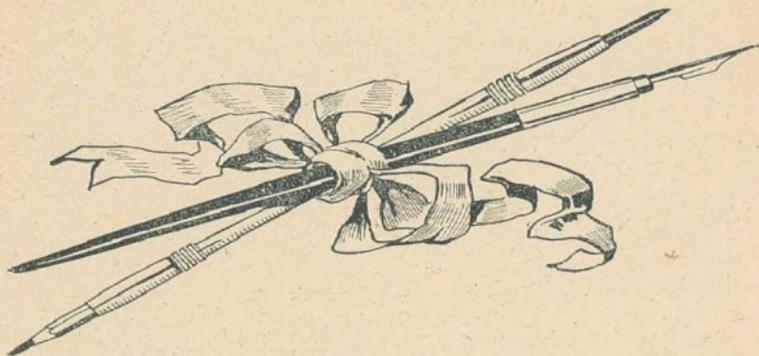
Cuando volvió a la escuela, estaba pálido, ojeroso y triste.

Todos sus compañeros le saludaron con demostraciones de afecto, le hablaron con más dulzura, y Jorge, olvidando todo rencor, se le aproximó y con mucho cariño dijole que participaba de su dolor, y el buen huérfanito, sacando del bolsillo un pañuelo se secó los ojos bañados en lágrimas, mientras los sollozos impedían decir a su amigo cuánto le agradecía esa prueba de amistad.



Desde entonces fueron inseparables, y si no me equivoco, prosiguió la maestra, ahora mismo están juntos. Véalos, y señaló a Jorge que en compañía de un niño que llevaba largo delantal negro, estaba amigablemente conversando con él.

Doña Clara secóse a su vez los ojos que el relato de la joven maestra había hecho humedecer.



OTRO CUADRO SINÓPTICO

Poco a poco recobró Jorge las fuerzas perdidas y pudo dedicarse otra vez a sus estudios.

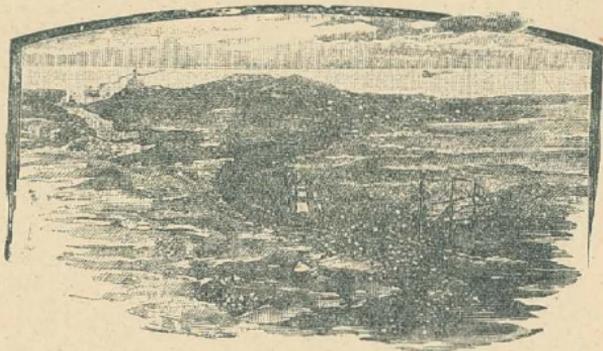
Sus condiscipulos habian estudiado y aprendido mucho en los días que él faltara a clase, y para recuperar el tiempo perdido empezó por copiar en su cuaderno de apuntes el cuadro sinóptico que le prestó Ricardo, con el cual quedaba completo el otro que había hecho bajo la dirección de la señorita Raquel y que su hermana había ilustrado.

CUADRO SINÓPTICO

Términos geográficos.—División de las aguas.

<i>Océano</i>	{ Masa de agua salada que cubre las tres cuartas partes del Globo terrestre.
<i>Mar</i>	{ Nombre que se da a cada una de las divisiones que se hacen del Océano, y que varían de nombre según la tierra que bañan.
<i>Escollo</i>	{ Peñasco que está en el mar, oculto por las aguas y que por lo mismo constituye un peligro para los navíos, que pueden estrellarse en él.

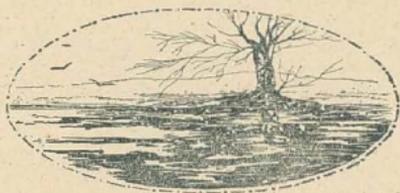
- Costa, playa* } La extensión de tierra, situada a ori-
o *litoral*. . . } llas del mar.
- Puerto* } Lugar seguro y defendido de los vien-
tos en el cual pueden entrar las em-
barcaciones con más o menos como-
didades, estando en él al abrigo de
tempestades y borrascas.
- Golfo* } Brazo o parte de mar que avanza tierra
adentro.
- Bahía* } Considerable extensión de mar dentro
de las costas, formando una boca o
entrada ancha y suficientemente hon-
da como para dar cabida a las em-
barcaciones, que encuentran allí Ju-
gar de resguardo.



- Estrecho* } Brazo angosto de mar entre dos tierras
y por el cual se comunica un mar con
otro

- Cabo* { Pedazo considerable y elevado de tierra que entra en el mar.
- Istmo* { Lengua de tierra que une dos continentes o una península con un continente.
- Isla* { Porción de tierra rodeada completamente de agua, bien por la del mar o por la de río.
- Archipiélago* { Parte de mar con un grupo de islas, y el grupo de éstas.
- Península* ... { Porción más o menos grande de tierra rodeada de agua, excepto por una sola parte más o menos estrecha que la une al continente o tierra firme.
- Lago* { Vasto depósito natural de agua estancada.
- Laguna* { Concavidad en la tierra donde se mantienen muchas aguas, cuya extensión es menor que la de los lagos.
- Río* { Corriente caudalosa de muchas aguas juntas, que van a desembocar en otro río o en el mar.
- Delta* { Isla o conjunto de islas de forma triangular, comprendidas entre dos brazos de un río que se bifurca cerca de su desembocadura.

- Riachuelo*... { Río de poco caudal.
- Manantial*... { Paraje donde el agua mana naturalmente.
- Vertiente*... { La pendiente por donde bajan las aguas de las sierras o montañas.
- Estanque*... { Masa o cantidad de agua sin corriente, rodeada de tierra o piedras.
- Pantano*... { Lugar donde se estanca el agua, formando cieno o lodo.



PÁGINAS DE GLORIA

Cuando los condiscípulos de Jorge dieron clase de Historia Nacional, sintióse el niño nuevamente desalentado. Él sabía algo respecto al descubrimiento de América; sabía cómo, cuándo y por quiénes fué fundada por primera y segunda vez la ciudad de Buenos Aires; se acordaba de lo estudiado referente al Virreinato, a las invasiones inglesas y a la Revolución de Mayo; nada más.

En cambio, sus compañeros habían hablado ya particularmente de varios de los patriotas de la Revolución; habían estudiado en *sucinto* lo que la historia narra del Triunvirato, de la "Batalla de Suipacha", de los triunfos de Belgrano en Tucumán y Salta.

Y también esta vez la buena maestra vino en su ayuda, permitiéndole copiar en clase los apuntes que sobre lo estudiado habían escrito algunos alumnos.

Y fué Ricardo, quien se los favoreció.

Jorge empezó por copiar lo siguiente:

GENERAL DON MANUEL BELGRANO

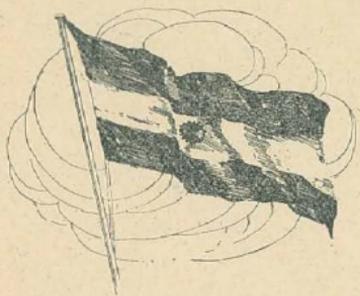
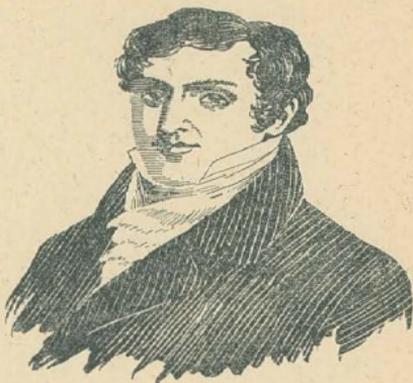
Entre los patriotas que a solicitud del pueblo formaron la Primera Junta de Gobierno en el año

de 1810, destácase por muchos motivos el doctor don Manuel Belgrano.

Nació éste en Buenos Aires el día 3 de junio del año 1770 y en su hogar aprendió desde niño a ser leal, bueno y honesto; por eso, cuando grande, fué tan querido por todos los que le conocieron.

Pocos argentinos han amado tan sinceramente a la Patria, como él la amara.

Viendo que el suelo en el cual había nacido necesitaba de soldados para defender sus derechos, sin tener mayor práctica en el manejo de las armas se hizo soldado y combatió con gran valor, exponiendo su vida en defensa de su Patria.



Debido a su valentia, arrojo e inteligencia, logró distinguirse tanto que fué ascendido al grado de general.

Combatió en el Paraguay, mas donde cosechó abundantes laureles, fué en las batallas de Tucumán y Salta.

Merced a su valor *espartano* estas dos provin-

cias no cayeron en manos del ejército del rey de España, que a todo trance quería apoderarse de ellas.

Fué el creador de nuestra bella y querida bandera, de la gloriosa insignia que representa doquier la Patria querida.

Nosotros, los niños argentinos, debemos recordar con veneración a este gran prócer de la Independencia, quien tanto luchó por la tierra de sus amores... ¡por su querida Patria!



UNA COMPOSICIÓN DE ADA

☉ Un día fué Ada quien prestó a Jorge una bella composición suya, que le había merecido felicitaciones por parte de su maestra, para que la leyera en la clase de lectura libre. Titulábase:

EL NEGRO VENTURA

(Página inédita de historia nacional.)

Era el año 1812.

La libertad de la Patria, proclamada en el día 25 de Mayo de 1810, estaba en peligro.

Eran muchos los enemigos que deseaban recuperar estos territorios fertilísimos y el gobierno vigilaba muy de cerca a todos los que creía realistas.

A orillas del Riachuelo, en un misero rancho, habitaba, con su anciana patrona, un pobre esclavo negro, llamado Ventura.

Para ganar unos centavos entreteníase en fabricar canastos y escobas, yendo él mismo en busca de los juncos necesarios.

Era una mañana de invierno.

No obstante reinar un frío intenso, Ventura había desatado del árbol, a la que estaba amarrada, su piragua, y remando tranquilamente, desembarcaba en la orilla opuesta del río, donde abundaban los juncales.



De repente, con gran sorpresa, vió venir hacia él a un joven alto y robusto, que, después de saludarle, le dijo:

— ¿Cómo te va, amigazo Ventura?

— Bien, señor... y a usted... ¿qué buen viento le trae hoy por aquí?

Hace tanto frío, que no puedo creer haya usted venido para pasear...

— Tienes razón... No ha sido por ver el paisaje, sino porque necesitaba hablarte sin que tu patrona se enterase de lo que iba a decirte... vengo a hacerte una pregunta...

— ¿A mí?,— contestóle maravillado Ventura.

— A ti... Quiero saber si te agradaría ganar unas *pelucanas*¹.

— Tanto como a quien tiene sed le agradaría hallar agua pura para beber... ¿y qué tengo que hacer para ganar tanto dinero?

— Una cosa facilísima. Poner tu persona y tu piragua a las órdenes de don Martín². Tú sabes, porque todos lo saben, que don Martín es un gran realista y que está trabajando para ver si logra que el rey de España vuelva a ser el dueño de todas sus colonias...

— ¿Y qué tengo que ver yo con las ideas de don Martín?

— Tendrás que ver, si lo quieres.

Se está preparando un movimiento revolucionario.

¹ Onzas de oro.

² Don Martín de Álzaga.



Somos muchos los españoles que tomaremos parte en él; tenemos buenas armas, dinero y mucho valor...

Queremos quitarle a estos cuatro locos de nativos lo que es de España, y tú nos puedes ser muy útil (y le habló largo al oído). Por los servicios que nos prestarás, — continuó en voz alta, — te daremos diez peluconas... y lo que más importa... recuperarás tu libertad personal, es decir, dejarás de ser esclavo.

Ventura se puso serio.

Quien hubiera podido leer en su corazón, habría visto que aquellas propuestas, aunque halagadoras, no le habían hecho feliz.

No... el pobre negro no traicionaría a su Patria.

Sin embargo, disimulando su mal humor, contestó al joven:

— Pasad luego por el rancho; os contestaré...

Apenas Lacar (el español) se hubo retirado, volvió Ventura a su morada. Antes de haber re-

suelto cómo le sería dable ver a alguno de los jefes del Gobierno Nacional para enterarle de lo que pensaban hacer los españoles, pasó por allí el alcalde.



de Barracas, enviado por Pueyrredón para espiar si los realistas estaban tramando alguna conspiración...

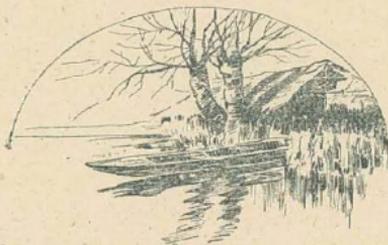
Ventura llamó al alcalde y contóle con lujo de detalles todo cuanto le dijera Lacar; y, mediante los datos que le diera, pudo el Gobierno sofocar la revolución antes que estallara.

El patriotismo del buen negro fué premiado.

El día 22 de junio del mismo año, en forma solemne entrególe públicamente el Gobierno, un uniforme de soldado, una cantidad de dinero y un escudo con este lema:

POR FIEL A LA PATRIA

El negro Ventura demostró que quien ama de veras a la tierra que le fué cuna, no la traiciona jamás.



TRAVESURAS

— “ No hay que fiarse demasiado de los niños, por buenos y sosegados que parezcan ”,— había dicho un día la abuelita contradiciendo con sus palabras a su yerno, el padre de Jorge, quien sostenía ser su hijo ya todo un hombrecito, incapaz de cometer travesura alguna.

Mas la abuelita tenía razón.

Una mañana Jorge madrugó, y so pretexto de ir a la escuela más temprano que de costumbre para copiar unos apuntes, salió de casa. El niño había mentido.

El día anterior, un compañero de clase, Teófilo, muchachón alto, robusto y de cortos alcances, contó a sus compañeros que se había divertido mucho pescando bogas, mojarras, etc., y que tenía todos los aparejos necesarios para robar al río muchos de sus pobladores.

Las palabras de Teófilo tuvieron el poder de entusiasmar a sus oyentes, Jorge inclusive, y todos desearon manejar a su antojo, redes y anzuelos.

Tanto dijo el grandullón, que logró ponerse de acuerdo con algunos para faltar a clase y dedicar a la pesca la mañana siguiente.



Jorge y Ricardo figuraban entre los adherentes. Los niños habíanse dado cita en una plazoleta próxima al río, y a la hora prefijada halláronse reunidos.

Teófilo traía los utensilios y bien pronto llegaron a destino.

Al principio todo fué a pedir de boca.

Por ser más hábil que los demás en manejar la caña, Teófilo era el pescador más afortunado, lo que, sin embargo, no despertó envidias, porque sus compañeros, entregándose por primera vez en alma y cuerpo a aquel ejercicio que para ellos tenía todos los atractivos de la novedad, celebraban con hurras y gritos de alegría cada mojarrita que cada uno de ellos lograba apresar.

Ninguno de aquellos pescadores improvisados pensaba ya en sus libros, en la escuela, en sus familias...

¡Oh poder del entusiasmo!

De repente, Teófilo tuvo una idea bella... luminosa...

Allí, a pocos pasos había un pequeño bote, sin dueño y sin remos.

— Si nos embarcáramos y diéramos un paseito por el río — dijo el travieso. — Allá, un poco más lejos de la costa, habrá pescados más grandes.

Sí... porque es de suponerse que también los pescados no han de ser tontos, y han de estarse con preferencia donde menos se les molesta.

— Pero no tenemos remos, — dijo Ricardo.

— Y aunque los tuviéramos... ¿quién de nosotros, sabe remar?

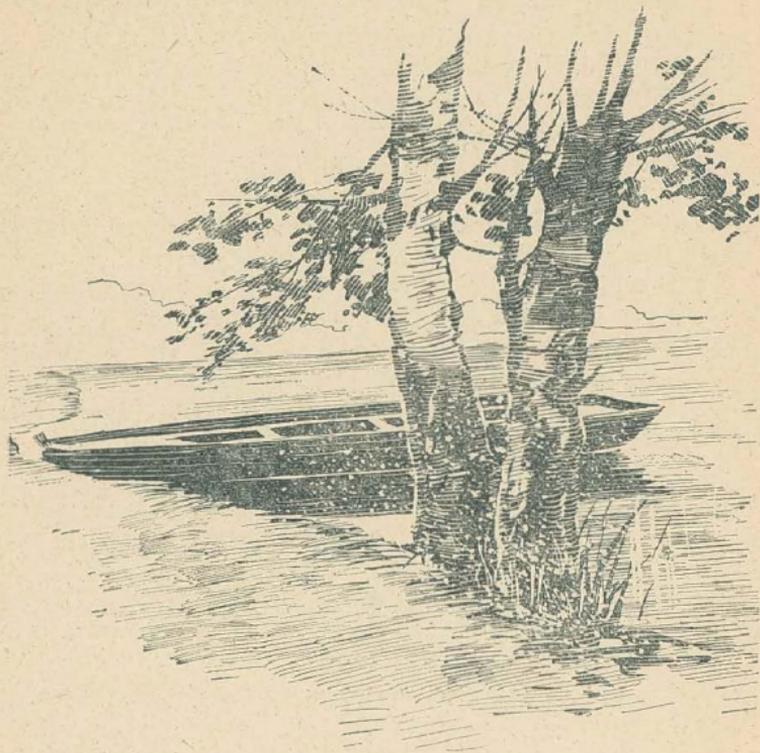
— Yo, — dijo Tomás, — niño de unos catorce años, muy grandote y muy atrevido.

— Los remos se improvisan...

Con unas ramas de algún árbol, nos arreglaríamos.

Dicho y hecho.

Con el cuchillo que Teófilo había traído para cortar la carne, lograron, después de mucho tra-



bajo, cortar dos ramas de regular tamaño... y se embarcaron.

Mas, los remos no servían. Mientras tanto la co-

riente los alejó un poquito de la costa, ¿qué hacer?

Ninguno de esos niños sabía nadar.

Lo más conveniente hubiera sido desembarcar; pero Teófilo creyó oportuno hacer lo contrario.

—Vamos un poquito más lejos... la corriente nos lleva lo más bien...

—De todos modos el río no es aquí muy hondo. No corremos peligro alguno.

Se alejaron un poquito más.

En ese momento Tomás consultó el reloj...

¡Eran ya las once! ¡Qué pronto había pasado el tiempo!

El sol, con sus cálidos rayos, empezaba a ser molesto a los pescadorcillos.

—Sería mejor que nos volviéramos,—dijo Ricardo.

—Debemos tratar de no llegar muy tarde a casa, si queremos que nuestros padres no se den cuenta de que no hemos ido a la escuela.

—Tienes razón,—objetó Jorge, a quien empezaba a doler la cabeza, la cual, para resguardarse del sol sólo contaba con una gorra sin visera.

—¿Cómo retornar?

No estaban lejos de la costa, pero no les sería fácil acercarse a ésta porque la corriente propendía más bien a alejarlos de la misma.

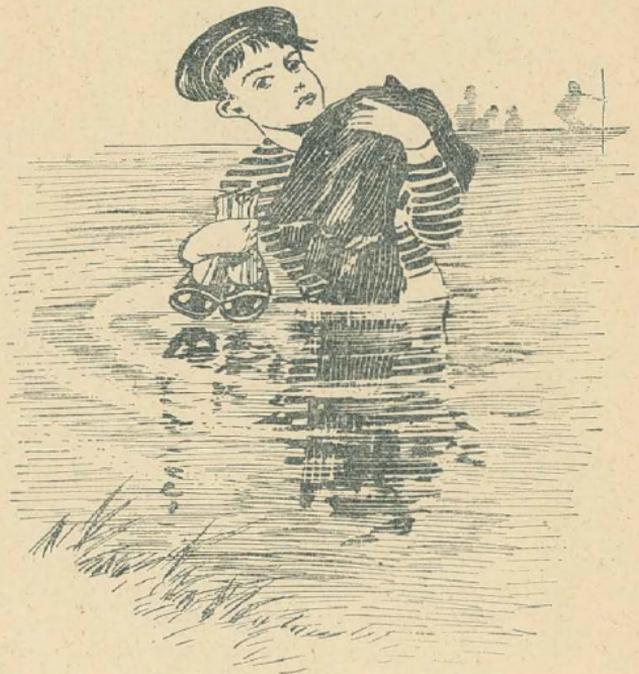
Con una de las ramas averiguaron cuál era la profundidad del agua.

Alcanzaría a unos ochenta centímetros, poco más o menos.

Mientras tanto el bote alejábase... era preciso resolverse.

Jorge, agitadísimo, se quitó saco, pantalones, zapatos y medias, hizo con ellos un envoltorio y se tiró del bote resuelto a volver.

El agua cubriale hasta más arriba de la cintura



y tenía que hacer grandes esfuerzos para vencer la corriente, que amenazaba arrastrarle.

Algo... una cosa, se le cayó del envoltorio... ¿qué era?... los pantalones.

El pobre niño quería recuperarlos, mas sus compañeros le exhortaron desistiera de su propósito, porque los peligros aumentaban... ¡Pobre Jorge!

Después de peripecias mil los niños ganaron la costa.



Jorge, sin pantalones, los calzoncillos mojados, no quería volver a su casa.

Tomás, cuya habitación no quedaba tan lejos de allí, pudo prestarle la prenda perdida.

Cuando tuvo puestos los pantalones de su amigo, el niño provocó la hilaridad de sus compañeros, porque, además de quedarle holgados, eran larguísimo.

Mientras triste, lloroso y cabizbajo se dirigía hacia

su casa, en ésta reinaba gran inquietud.

— ¿Por qué Jorge tardaba tanto en volver de la escuela?, doña Clara había sido la primera en decir... — ¿Dónde habrá ido?

— ¿Qué hora es?, — preguntó Ada.

— La una.

— ¡Dios mío!... ¿qué le habrá pasado?

Mandaron a la escuela a preguntar por el niño, y cuando supieron que había faltado a clase la agitación de aquella familia aumentó.

—¿Dónde estará?— preguntó la madre, afligida. Esta mañana salió con más de una hora de anticipación,—dijo la abuelita,—lo que me da lugar a creer se trate de alguna travesura...



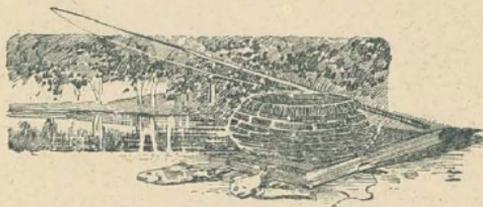
— Todo menos eso... Jorge es ahora juicioso y usted, mamá, lo juzga mal.

—Helo aquí el señor juicioso,—dijo la abuelita viendo entrar al niño con el rostro bañado en sudor, los cabellos en desorden, tropezando en los pantalones largos.—Helo aquí el niño modelo... ¿De qué escuela vuelves, hijito mío? Jorge prorumpió en llanto.

Una serie de preguntas, interrumpidas por exclamaciones y palabras de encono aturdió por un momento al poco afortunado pescador, quien, en re sollozos, contó lo ocurrido, prometiendo no incurrir jamás en faltas semejantes.

—A lo menos me hubieras traído un pescadito vivo,—murmuró Anibal.

—Si en vez de ser mi nieto, hubieras sido mi hijo; ya te daba yo muchos pescaditos,—dijo enojada la abuela de Jorge.



EN CLASE, EL DÍA DESPUÉS DE LA PESCA

Si vergüenza le había dado a Jorge presentarse en su casa el día de la pesca, más vergüenza tuvo al comparecer en clase, a la mañana siguiente.

La maestra pidió a los seis niños que habían faltado a la escuela el día antes, el justificativo de rigor, más ninguno lo traía.

Entonces, la señorita, dijo haberle sorprendido el hecho de que, en un día de sol, faltaran tantos niños.

Teófilo y dos más bajaron los ojos; Tomás barbotó algo a media voz; Ricardo empezó a hojear un cuaderno y Jorge no sabiendo qué hacer, suspiró.

— ¿Por qué has faltado ayer, Jorge? — preguntóle entonces la maestra.

El niño, ruborizándose, contóle lo ocurrido, y la joven, alligadisima, dijo a los traviosos:

— Os portasteis muy mal... ¡Nunca hubiera creído fueseis tan díscolos! ¡Por engañar a vuestros padres os habéis expuesto a ser víctimas de una desgracia, y ojalá el susto que habéis probado os sirva de escarmiento!

JORGE ES ÚTIL A SU ABUELA

Un domingo, de tarde, la familia de Jorge, excepto la abuela y el niño, había salido a pasear.

Jorge quiso quedarse para copiar más apuntes, y mientras estaba escribiendo, llamaron a la puerta de la calle.



Poco después, la criada introducía en el comedor a un hombre que venía a pagar el importe del alquiler de una casita por él ocupada en Flores y de la cual era propietaria la anciana.

— Es menester darle el recibo, — dijo la señora, — pero yo soy tan poco práctica en esto... ¡escribo tan poco! ¡Dí, Jorge, ¿no sabrías tú sacarme de apuro?

— Sí, abuelita, — contestó el niño, que se sentía feliz porque finalmente podía probar a la abuela que para algo servía, — en seguida le haré el recibo.

No habiendo en casa talonarios de recibos, el niño escribió lo siguiente:

“ Recibi de don Valentín Gómez la cantidad de 80 pesos (ochenta pesos moneda nacional curso legal) importe del alquiler de la casa que ocupa en la calle Carabobo, número 147, correspondiente al mes de julio y que vence el 31 del mes en curso.

Buenos Aires, 1.º de julio de 1914.”

— Ahora, firme usted, abuelita, — dijo Jorge, presentándole pluma y recibo.



La anciana se puso los lentes, leyó lo que el niño había escrito, lo firmó y de que estaba contenta de su nieto dejó constancia, diciendo:

— ¡Qué buena idea, esa de enseñar a los niños a redactar documentos como éstos

FIESTA INFANTIL.

Una mañana la señorita Raquel recibió la siguiente carta:

Buenos Aires, 14 de agosto de 19...

Apreciable maestra:

Aproximándose el día del cumpleaños de Ada, nosotros, los chicos, hemos resuelto festejarlo.

¿No querría usted ayudarnos?

Sé lo que valdria para nosotros su ayuda; y si nos diera una manita, nuestra fiesta resultaría espléndida.

Los que deseamos tomar parte en ella somos: Anibal, Pepa, Rosa, la vecinita que usted conoce y yo.

Debo avisarla que no nos queda más tiempo que una semana para prepararnos.

Ruégole me conteste pronto y acceda a mi petición.

La saluda respetuosamente, su discipulo

JORGE.

Por la tarde de este mismo día, la señorita Raquel visitó al niño; y antes de que llegara la noche, ya estaba hecho el programa de la fiesta.

Entre las poesías que había traído la señorita Raquel, Rosa eligió la siguiente:



EL NIÑO Y EL MENDIGO

— ¿Por qué lloras, mocosuelo?
¿Qué penas causan tu llanto?
¿Por qué lloras, niño, tanto?
— Porque me pegó mi abuelo.

— Cuando él te dió ese castigo
Sería la falta muy grande.

— No, señor; si usted no sabe
Cómo es de malo conmigo.

Desde que yo me levanto,
Aunque se oponga mi abuela,
Él me despacha a la escuela...
¡Y yo la aborrezco tanto!

— ¡Qué! ¿no te gusta estudiar,
Aprender la geometría,
La historia, la geografía?

— Lo que me gusta es jugar.

Por eso traigo cargado
Mi pelota y mi camica,
Mientras que el maestro explica
Yo me divierto jugando.

— Pasa el tiempo, y ya se ve
Que tú nunca sabrás nada...

— ¡Ah! Si es la vida cansada
Eso de *a, be, ce, che de...*

— ¡Desgraciado, no prosigas
Blasfemando de esa suerte!
¡Más te valiera la muerte!
¡Eso nunca, jamás digas!

¿Ves mi triste situación
Mendigando la existencia?
Es porque no amé la ciencia,
Porque hui de la instrucción.

Como tú me divertía,
Siempre en el aula jugando,
Y ya ves, hoy mendigando
Voy el pan de cada día.

— Me causa oiros tristeza ;
Siento miedo ; por favor :
¿ Queréis decirme, señor,
Si es muy mala la pobreza ?

— ¡ Es horrible, niño mío !
¡ Es llorar, siempre llorar ;
Es morir de hambre y de frío !..

— ¡ Jesús, qué tristeza ha de ser
No tener ningún abrigo !
¡ Yo no quiero ser mendigo !
Decidme, ¿ qué debo hacer ?

— Debes, ¡ oh niño inocente !
Ateorar instrucción,
Formarte un buen corazón,
Y ante todo, ser prudente.

Y al salir de la niñez,
Con el alma bien formada,
Cuando seas ya un hombre honrado
Al trabajo acostumbrado,
De pan una tajada
Guarda para tu vejez.

JUAN D. M. SÁNCHEZ.

Pepita recitaría el siguiente monólogo:



DICE MAMÁ... Y DIGO YO...

Dice mamá: — “No quiero verte en la cocina, porque después de haber estado en ella un momento *te pones a la miseria* manos, cara y ropa.”

Si entro en la sala, la misma voz me dice: — “Sal de allí... Deberías acordarte de que la sala es donde se reciben las visitas... y que por

lo mismo debe estar siempre ordenada y limpia.”

Si me quedo en el comedor, mamá me dice en seguida: — “ ¡ Qué criatura ésta! . . . ¡ No está quieta un momento! . . . ¡ Y cómo charla! ¡ ni que fuera cotorra! ”

Entonces me voy al patio.

— ¿ Dónde está Pepita? — pregunta después de un rato, mamá.

— En el patio, — contesto.

— ¿ En el patio? . . . ¡ no faltaba más! ¡ Con esta humedad y este frío! ¿ Quieres enfermarte? ”

Yo, entonces, entro y escabulléndome por entre los muebles, me voy al balcón.

Mas, después de unos minutos aparece mi madrecita. . . — ¿ Qué estás haciendo aquí? ¿ Ya no te acuerdas de que el otro día, una niña de tu edad se cayó del balcón y . . .

No la dejo terminar y corro hacia la puerta de la calle.

Pero allí tampoco se me deja tranquila. Después de un momento veo otra vez a mamá ante mí. . . y — “ Ya te he repetido mil veces que no me agrada que te quedes delante de la puerta, porque quiero que desde pequeña te acostumbres a ser una mujercita de *tu casa*. . . ¿ Comprendes? ”

Y ahora, digo yo: ¿ Nosotras, las niñas de mi edad, tenemos de veras una casa? ”

* * *

Para Jorge, la señorita Raquel había elegido un monólogo chistoso, titulado: “ Mi primer triunfo ”.

mas habiéndole dicho el niño que la maestra deseaba aprendiera muy pronto algo a propósito para amenizar la Fiesta del Árbol, la señorita Raquel creyó oportuno hacerle aprender el siguiente verso, que el niño declamaría antes en la fiesta de Ada y después en la escuela. — La poesía era:



¿QUÉ ES UN ÁRBOL?

Un árbol es una fuente
De inagotable caudal,
Un organismo viviente,
Que purifica el ambiente
De la vida universal...

Un árbol es una historia,
Es un símbolo, un emblema
De la muerte o la victoria
Del amor o de la gloria;
¡Un árbol es un poema!

¡Cuántas veces recordamos
Alguna ilusión querida,
Por algún árbol que hallamos
En la senda de la vida!

¡Cuántas veces nuestra idea
Reproduce lo que fuimos
Muchachos en la aldea,
Por el árbol que sombrea
La casa donde nacimos.

Hay entre ramas y flores
De un árbol, muchos encantos,
Hay pajarillos cantores,
Con sus ruidos, sus amores,
Sus arrullos y sus cantos.

Fiel y solitario amigo
Del honrado labrador,
Le da su sombra y abrigo
Y es el único testigo
Que presencia su labor.

El que le ofrece en sus penas
Bajo sus ramas reposo,
Y allá, en las tardes serenas,
Para premiar sus faenas
Le brinda el fruto sabroso.

Se rinde su tallo a la fuerte
Vibración del hacha dura,
Y aquella mole inerte
De aquel tronco, de la muerte
Labra el arte, su escultura.

Canta... pues... ¡oh, Patria mía!
De los árboles los dones,
Canta como cantaría
Un ave al rayar el día
Sus dulcísimas canciones.

FELIPE FANEL.

* * *

¿Y Anibal?

Anibal ofrecería la fiesta pronunciando un discursito que la señorita Raquel quedó encargada de escribir.

Supimos, después, que la velada resultó lucidísima, digna de quien la organizó y de los pequeños actores que tomaron parte en ella.



OTRA PÁGINA DE GLORIA

Ada prestó un día a Jorge su cuaderno de apuntes de Historia, y el niño, con el consentimiento de su buena hermanita, copió en el suyo la siguiente biografía del

DOCTOR DON MARIANO MORENO

El doctor don Mariano Moreno fué el patriota que por su talento más se distinguió entre los que tomaron parte en la Revolución de Mayo de 1810.

Nació en Buenos Aires el día 23 de septiembre del año 1778 y desde que empezó a frecuentar la escuela puso de manifiesto estar do-



tado de una inteligencia privilegiada.

Sus padres le enviaron al Colegio de San Carlos y luego a Chuquisaca, donde completó su educación,

consiguiendo el título de *doctor en Jurisprudencia*.

Cuando volvió a Buenos Aires fué nombrado Relator de la Real Audiencia.

Simpatizó con la gran obra de los patriotas, y por su amor a la Patria y esmerada preparación, en el año 1810 fué nombrado secretario de la Primera Junta Gubernativa.

Así como Belgrano fué tan querido por su bondad, Moreno lo fué por su inteligencia.

Nadie le ganaba en defender la causa de los patriotas, y con su palabra fácil y convincente lograba entusiasmar al pueblo.

En el año 1811 fué elegido para desempeñar el puesto de ministro argentino en Inglaterra, mas no logró el desdichado tocar las playas inglesas, (donde por cierto hubiera dejado bien sentada su fama de buen patriota y hombre de valía), porque murió en el viaje el 4 de marzo de 1811, siendo su sepultura la inmensidad del Océano.

¡Loor a su memoria!

Jorge hizo ver a su maestra la composición, diciéndole que la había copiado para estudiarla y saber así algo del doctor Mariano Moreno, del cual habían hablado mientras él estuvo enfermo.



EL CUENTO DE LA ABUELA

Una tarde la abuelita, yendo de paseo, se detuvo delante de una librería.

Habían llamado su atención unos libritos de cuentos que, esparcidos en gran cantidad en un escaparate de la misma, hacían gala de sí.

— ¿Si comprara alguno para los chicos? — pensó.

Dicho y hecho.

Seleccionó unos cuantos y al llegar a casa los repartió entre sus nietos, quienes le agradecieron mucho el regalo.

Pocos días después dijo ella a Jorge le contara uno de los cuentos que había leído; mas el niño, a su vez, rogóla diera ella el buen ejemplo,



empezando por contar alguna de aquellas lindas narraciones que tantas veces había ponderado doña Clara, siempre que se acordaba de su niñez.

A las instancias de Jorge uniéronse los ruegos de Ada, Pepita y Anibal y la anciana, entonces dijo :

— En cambio de un cuento de hadas os contaré un hecho acaecido en mi casa paterna, cuando era niña. . .

— ¿Cómo se titula el cuento? — preguntó Pepita.

— No es cuento, es verdad, — dijo la abuela — y porque el hecho ocurrió el día 25 de diciembre: le llamaré

CUENTO DE NAVIDAD

I

Habéis de saber, — empezó la abuela, — que cuando era pequeñita como Pepa, vivía en país lejano, muy lejano, donde las fiestas de Navidad sorprenden a la gente en pleno invierno.

El día 25 de diciembre suele siempre ser tan frío, que las familias lo pasan reunidas alrededor del hogar.

Era el año 18. . y no sé cuántos, porque son muchísimos los que pasaron ya; sólo me acuerdo que era una niña alegre, robusta y tan juguetona como lo sois vosotros ahora.

Es menester os diga que el día de Navidad lo era de gran fiesta para todos nosotros.

Mi casa, o mejor dicho, la casa de mis padres, era el punto de reunión de todos los tíos, tías, primos hermanos y demás parientes que teníamos,

y éramos siempre tantos, que papá se veía obligado a habilitar como mesa de comedor todas las que que había en la casa, la de la cocina *inclusive*.

Nosotros nos sentíamos felices desde cuando empezaban a hacerse los preparativos para recibir dignamente a tantos queridos huéspedes.

Contribuía a acrecentar nuestra felicidad, el pensar en los regalos que recibiríamos.

Tía Filomena, una hermana de papá, que era sumamente avara, nos traía una canastita de castañas, repitiéndonos, todos los años, que si no nos regalaba nada más era porque no había tenido tiempo de recorrer las tiendas para comprarnos algunas chucherías.

Tío Bautista, en cambio, era generosísimo. . . Con su voz de trueno, nos decía piropos mil y nos colmaba de caricias y regalos.

Para él éramos, los varones, futuros diputados o ministros; y nosotras, las mujeres, pimpollos de rosa e incomparables futuras amas de casa.

Si; él nos quería mucho a todos, y nosotros le adorábamos.

II

Era, pues, el día de Navidad.

En casa todo estaba pronto.

A las doce nos sentaríamos a la mesa.

Serían las nueve cuando llegó tía Filomena, quien como siempre, nos trajo las castañas, repitiéndonos el ya rancio estribillo.

Después llegaron unos primos, y por fin, vimos venir al tío Bautista.

Mis hermanos, más ágiles que yo, apenas lo vieron, a saltos, uno por uno, consiguieron abrazarle, mientras yo tuve que conformarme con estrechar entre mis brazos una de sus gruesas piernas.

Después de tantos saludos y cariños, me tomó de la mano y me condujo al comedor.

Quería dar un vistazo a las mesas ya preparadas para el almuerzo.

Después de haberlo visto todo, y ponderado el buen gusto con que estaban dispuestas golosinas y flores, dijo:

— Falta una cosa... y sin *esa cosa*, Navidad, no es Navidad.

— ¿Qué cosa, tío?— preguntamos todos a la vez.

— No seáis curiosos... Mita, sólo, sabrá lo que falta.

Mita era yo.

Con sus brazos hercúleos me levantó y acercando su boca a uno de mis oídos, me dijo:

— Faltan los turrónes... Ponte el sombrero e iremos juntos a comprarlos.

Después de un momento estábamos en la calle.

Mientras tío efectuaba sus compras en una de las más acreditadas confiterías de la ciudad, yo me entretenía, delante de la puerta del establecimiento, mirando pasar señoras y niños llevando casi todos estos últimos preciosos juguetes, cajas de bombones, etc.

— De repente, se me acercó Tecla, una viejecita que vendía rosarios delante de la iglesia y pedía limosna.

La conocía porque habitaba cerca de casa.

No obstante estuviera siempre andrajosa y tuviera tres nietos que sustentar, nadie le hacía la caridad porque corría la voz de ser la suya, pobreza simulada.

Se decía que era dueña de un tesoro.

Tendióme su descarnada mano, diciéndome que por amor de Dios le diera unos centavos.

— ¿Por qué siendo usted tan rica, pide limosna? — le dije.

— ¡Rica!... ¡rica yo! — replicó ella, suspirando.

— Sí... todos dicen que usted tiene un tesoro guardado, y que sólo por avaricia va mendigando.

— Soy pobre, tan pobre, como puede serlo una mujer vieja, achacosa y con tres nietos que mantener...

— ¿Y el tesoro?

— ¿Quiere usted ver mi tesoro?, — dijo con desesperación la mendiga.

En ese preciso momento, mi tío, que por haber ya efectuado sus compras salía de la confitería, al oír hablar de tesoro a esa mujer de tan mísero aspecto, preguntóme a qué se refería...



Y entonces le conté lo sucedido, y también él tuvo deseos de ver el tesoro famoso.

— Mi casa está a dos pasos de la de esta niña, — dijo la anciana Tecla a mi acompañante, — así que sin molestarse mayormente, llegarán ustedes hasta ella.

La seguimos.

Entramos en un aposento obscuro y pequeño; mas, bastante aseado. Dos camitas de hierro, una cómoda desvencijada y antigua, una mesa de pino y unas pocas sillas, era todo el moblaje de aquella pobre vivienda, en la cual estaban tres niñitos, dos mujeres y un varón, entretenidos en mirar las ilustraciones de un semanario.

Cuando los niños nos vieron entrar salieron al encuentro de la abuelita, y la mayor de las mujeres preguntóle si traía pan de Navidad.

La anciana no le contestó.

Fuése directamente hacia la cómoda, abrió uno de sus cajones, sacó del mismo un estuche de felpa color verde esmeralda y de éste una cadena de oro y un medallón, en el que, a través de un vidrio, veíase el retrato de una mujer joven y hermosa.

— Este es mi tesoro... el tesoro al que alude la gente que me quiere mal.



Cadena y medallón me los regaló mi esposo en el día de nuestro casamiento, y yo, a mi vez, los regalé a mi hija el día de su boda.

Este retrato es el de ella, y cuando la pobrecita estaba por morir me recomendó ambas alhajas, diciéndome las guardara para sus hijitos... Es todo lo que les dejó en herencia y es todo el tesoro con que contamos, tesoro del cual no me desprenderé mientras viva.

No sé quién, por hacerme más difícil y penosa la vida, hizo circular la voz de que era rica.

Lo que acabábamos de ver y oír era más que suficiente para conmover el bondadoso corazón del tío Bautista.

— Seguidnos con vuestros nietos, — dijo a la anciana.

Ésta le obedeció.

III

Cuando llegamos a casa todos quedaron estupefactos al ver aquellos desconocidos y harapientos invitados, pero tío Bautista tranquilizó a la alegre comitiva diciendo que eran unos pobrecitos protegidos suyos a quienes se había propuesto hacer pasar agradablemente el día de Navidad, y de veras que todos, grandes y pequeños, lo pasamos bien.

A la mañana siguiente, tío Bautista consiguió hacer hospedar en un instituto de educación a las dos nietecitas de doña Tecla; y ésta, con su tesoro y el nietecillo menor, hallaron asilo en un cuartito que mi tío les ofreció en su misma casa.

No tuvo por qué arrepentirse tío Bautista de haber hecho una obra tan buena, porque Tecla, que ya no tenía apremios para ganarse el sustento, convirtiéndose poco a poco en excelente ama de llaves y pasó tranquilamente los últimos años de su vida bendiciendo á su protector y a su tesoro, que de veras había sido para ella raro y apreciado talismán.

La abuela calló.

Los niños comprendieron que el cuento había terminado, y Anibal, dijo:

— ¡Qué lindo el cuento! .. ¡Qué bueno el tío Bautista!

— Muy bueno de veras, — objetó Jorge.

— Como os dije, lo que os he contado ha acaecido de veras, hijitos míos, y os ha de enseñar que siempre que os hablen mal de alguna persona a quien no conozcáis, no prestéis fe a lo que os digan, porque puede repetirse el caso del tesoro de la pobre Tecla.



PASEANDO POR EL JARDÍN ZOOLOGICO

Era una hermosa tarde del mes de octubre.

Don Diego habia conseguido permiso para faltar por unos días a la oficina, y los niños aprovecharon la oportunidad para pedirle les llevara a visitar el Jardin Zoológico.

El padre accedió gustoso y poco después, seguido de los cuatro niños, todos en traje de fiesta, se pusieron en camino.

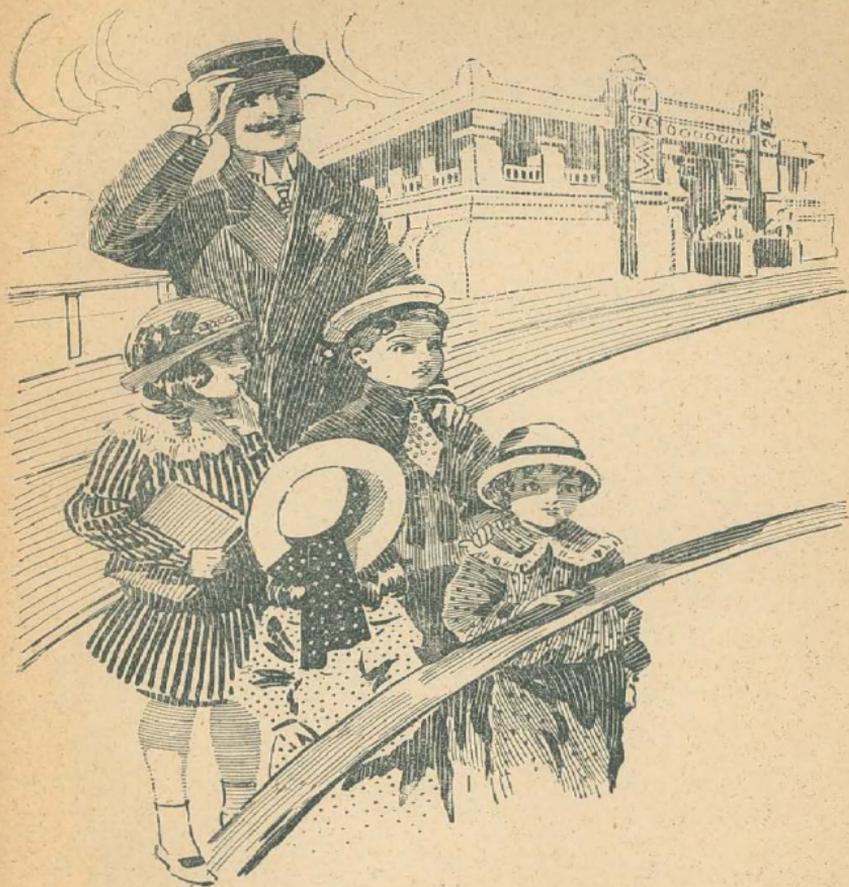
Como no era día festivo, les fué fácil hallar asiento en el tranvía, que después de cuarenta y cinco minutos de viaje los dejó delante de Palermo.

Ada hubiera querido pasear un poco por el bosque, mas Anibal y Pepa tenían prisa por ver los animales feroces y el padre satisfizo el deseo de los menores.

Felices, entraron en el hermoso jardín.

Detuviéronse primero delante de la casa de los leones, donde, separados en grandes jaulas cerradas por gruesos barrotes de hierro, estaban varios ejemplares del *rey del desierto*.





El rugido de los leones asustó a Pepita.

— ¡Qué malas han de ser esas fieras! — dijo.

— Malísimas. Vienen del África.

— Yo no iría a África, — replicó Anibal.

— Pero sólo viven en los desiertos de aquel país, — dijo Ada, — es decir, en lugares apartados y desconocidos, donde no hay hombres civilizados.

— Así, tan feroz como es, si no está hambriento nunca es el primero en acometer al hombre, limitándose a defenderse de él cuando éste le ataca. Un león puede matar a una jirafa.

— ¿Y cómo, siendo la jirafa más alta que él?

— Te diré cómo: Se esconde detrás de las rocas o de las palmeras en espera de su presa. Cuando la ve venir da un brinco, salta sobre la grupa de ella y con sus fuertes garras le estrecha el pescuezo y la estrangula.

No había terminado Ada su explicación, cuando los niños estaban ya delante de la jaula del tigre real de Bengala.



— ¿Es cierto, papá, que el tigre es más feroz que el león?

— Si, — dijo don Diego, — porque el tigre mata no solamente para alimentarse,

sino para entretenerse.

— ¿Ese tigre, de dónde viene?

— Del Asia, — dijo Ada — mas, tú, Pepita no sabes aún que es el Asia... ¿verdad? Es un continente, situado muy lejos de aquí.

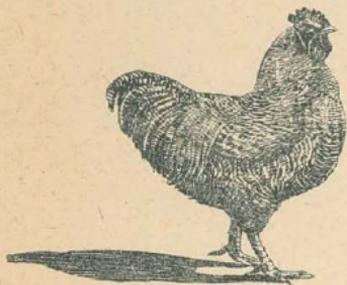
— Me alegro que esté lejos,— dijo Pepa,— porque así los tigres no vendrán a molestarnos tan fácilmente.

— Hay varias razas de tigres.

— Este es el americano,— dijo, señalando el jaguar, que estaba en otra jaula.— Se le encuentra en Norte América y también en el Chaco santafecino. Antes los había en el Neuquén y Río Negro. Es eroz, buen nadador, ágil, se trepa a los árboles, se alimenta de aves y peces.

— Vamos a ver el elefante,— dijo Jorge.

— No ; antes quiero ver estas lindas gallinas,— dijo Ada, dirigiéndose hacia el pabellón reservado para esas aves.



— Las hay de cien razas diferentes,— dijo don Diego ; — desde las *pigmeas*, que son esas chiquititas, hasta las inglesas, que pesan de tres a cuatro kilos cada una.

Luego, para complacer a Jorge, se fueron todos a ver los elefantes.

Hubo palabras de admiración por las proporciones colosales de ese voluminoso cuadrúpedo.

Hablaron de la trompa que le sirve de mano, y don Diego contó que en el Indostán el elefante es apreciado como animal de trabajo, como lo es entre nosotros el caballo.

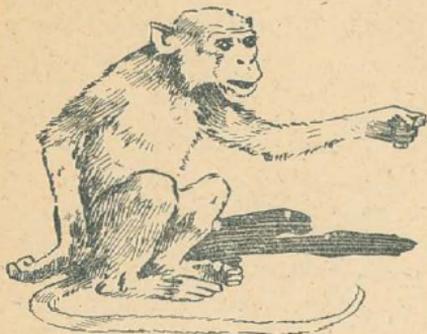
Delante del lugar reservado a los roedores vie-

ron el carpincho, que tanto se parece al cerdo y que mucho abunda en la América del Sud.

—¿Y los monitos?... ¿dónde están?,— preguntó Anibal.

—Ahora iremos a verlos.

Efectivamente; pocos minutos después estaban delante de una gran jaula, cuyos moradores forman la delicia de los pequeños visitantes del Zoo.



—Allí están los *titis*, monos americanos, tan traviesos y juguetones como acróbatas insuperables, dijo don Diego.

Jorge esperó que el guardián se alejara un momento para tirar un pedazo de galletita en el interior de la jaula, pues sabía que está prohibido dar alimento a los animales.

La galletita fué causa de discordia; varios monos se la disputaron, quedando luego en poder del más pequeño de los *titis* que, yendo sobre el alambre más alto que había en la jaula, se la comió tranquilamente.

Llamaron también la atención de los paseantes los guanacos y los llamas.

Don Diego dijo a los niños que los guanacos se encontraban en grandes rebaños en la altiplanicie

andina del Norte y que todavía hay algunos en las provincias de Cuyo.

El llama vive en las zonas frías, y por eso abunda en la Patagonia y Tierra del Fuego; los indígenas sacan provecho de su cuero y carne. Es americano y en ciertas regiones se le utiliza como animal de carga.

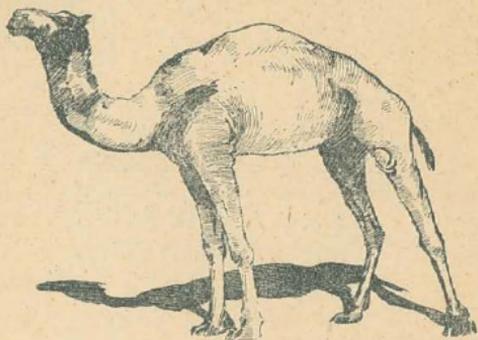
— ¿Cómo se llaman esos animales que tienen joroba? — preguntó Pepita a Jorge, señalando algunos dromedarios.

— Dromedarios. Viven en África, y son ágiles, sobrios, incansables para caminar; por eso los árabes los emplean para cruzar el desierto.

— ¡Qué ovejas tan lindas! — exclamó Jorge deteniéndose delante de un vasto corral techado, en el cual estaban unas alpacas.

— Son alpacas. Con la lana que las cubre y que alcanza a medir hasta 0,35 centímetros de largo, se fabrica ese tejido especial que se llama precisamente alpaca. En el Perú y en Bolivia abundan mucho y ahora se quiere aclimatarlas aquí, porque la lana que producen es muy apreciada.

— Vamos a ver “la roca de los cóndores”, — dijo



una niña a su madre al pasar delante de los hijitos de don Diego.

— Vamos, también nosotros, papá,— dijo Anibal.



— Vamos; y la alegre comitiva admiraba poco después el bello peñasco que la mano del hombre ha construido para que los animales acostumbrados a vivir en las *rocas graníticas*, extrañen menos sus montañas.

— El cóndor,— dijo Ada,— es un ave rapaz de las más dañinas, pues mata los corderos y hasta los terneros recién nacidos.

En nuestros Andes abunda mucho, siendo sus plumas buscadas, pues con ellas se hacen adornos para los sombreros de las señoras.

Don Diego gozaba al oír a su hijita Ada dar tantas y tan acertadas explicaciones a sus hermanitos y pensaba, con satisfacción, lo bien que había aprovechado el tiempo que pasara en la escuela.

— ¡Oh, un avestruz! — gritó Jorge.

— ¡Qué piernas tan largas tiene! — dijo Pepa.

— Hay avestruces de diferentes razas,— objetó don Diego.— El africano y el de Australia son de un tamaño más grande que los demás; tienen plumas muy lindas.



El americano, que se encuentra en las dilatadas llanuras del Río Negro, es menos grande y menos bello que los otros.

La carne de nuestros avestruces es muy substancial, pero las personas de paladar delicado no la comen por ser su olor poco agradable.

— Tengo sed,—dijo Anibal al pasar delante de la confitería.

— Yo también,—dijo Pepita.

— He comprendido,—dijo don Diego;— para los que tienen sed pediré un refresco y para los otros unas masas...

— Es que todos tenemos apetito,—dijo Jorge.

Don Diego sonrió y mandó traer para los niños, refrescos, masas y bombones.

Cuando volvieron a su casa, tenían tantas cosas que contar a la madre y a la abuela, que por dos horas consecutivas mantuvieron muy animada la conversación.



UN CUADRO SINÓPTICO

Las explicaciones de Instrucción Cívica, que había dado en clase la maestra de Jorge, contribuyeron a que el niño encontrara fácil comprender luego el siguiente cuadro sinóptico, que ella le dictara.

Explicación de las palabras:

Patria — Ciudadano — Argentino — Habitante —
Compatriota — Conciudadano — Provinciano — Con-
vecino — Condiscipulo.

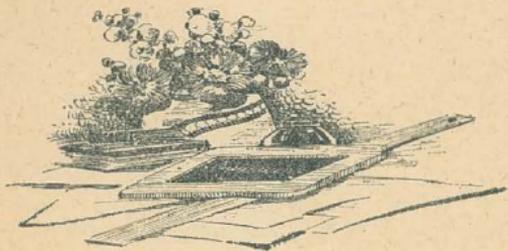
- Patria*..... { Nación a que pertenece el territorio
o lugar donde uno ha nacido.
- Ciudadano*... { El vecino de alguna ciudad y tam-
bién la persona que goza del *derecho*
de ciudadanía.
- Argentino*.... { El natural de la República Argentina.
- Habitante*.... { La persona que vive o reside en al-
gún lugar.
- Compatriota*.. { El hijo de la misma nación, respecto
a los demás naturales de ella.

Conciudadano { El ciudadano, respecto de los ciudadanos de su misma ciudad.

Provincianos. { Personas naturales de una misma provincia.

Convecino { La persona que tiene vecindad con otra.

Condiscipulo. { Compañero de estudio.



EL DÍA 11 DE SEPTIEMBRE

• Era el día 11 de septiembre.

En la escuela frecuentada por Jorge, como en todas las de la Nación, conmemorábase la luctuosa fecha de la muerte de don Domingo Faustino Sarmiento.

Varios niños llevaron flores a sus maestras para adornar con ellas el retrato del Grande que a manos llenas sembró a través de su Patria la fecunda semilla del saber.

Varios niños declamaron versos en su honor, y unos cuantos alumnos del quinto y sexto grado se fueron a Palermo para esparcir flores al pie del monumento que la Nación mandó erigir consagrándolo a la memoria del meritorio ciudadano, monumento que embellece una de las más hermosas avenidas de aquel paseo público.

La maestra de Jorge, a petición del director de la escuela, debía pronunciar un discurso en honor de Sarmiento, y he aquí los párrafos que dicha señorita escribió especialmente para los niños:

“Sarmiento,— dijo,— desde pequeño dió pruebas de ser muy inteligente, porque, apenas empezó a frecuentar la escuela, sintió por ella el más acendrado cariño.

“Sólo queda ignorante el que no quiere aprender”, dicese con razón hoy a todos los niños argentinos, porque las escuelas públicas son muchas y las hay hasta en las regiones menos pobladas y más remotas.

Pero cuando Domingo Faustino Sarmiento era niño, las escuelas eran pocas y no a todos era posible frecuentar el sagrado recinto.

Sin embargo, el pequeño sanjuanino no faltó a ella ni en los días de lluvia ni cuando el temporal arreciaba.

Nació en la ciudad de San Juan el 15 de febrero de 1815 y empezó su educación en la “Escuela de la Patria”, que dirigía don Ignacio Fermín Rodríguez.

Fué discípulo estudioso y diligente, buen hijo, porque amó sinceramente a sus padres; en sus escritos se acuerda de los años pasados en el hogar paterno y los describe como los más bellos de su vida.

Se distinguió como escritor, periodista, educador y político.

Se fué a Norte América para visitar las escuelas de aquella nación, y cuando fué nombrado Jefe del Departamento Nacional de Educación de Buenos Aires creó muchas escuelas, siendo ésta una de las obras más meritorias que llevó a cabo el gran argentino.

Por su saber y por ser tan digno patriota, fué llamado a ocupar el alto puesto de Presidente de la República, cargo que desempeñó desde el año de 1868 hasta el de 1874.

En el transcurso de su vida laboriosa trabajó siempre para el progreso de la educación, y se le llamó mercedamente *el más genial de los maestros argentinos*.

Murió en la ciudad de la Asunción, en el Paraguay, el día 11 de septiembre del año 1887.

Al nacer besóle el genio,
Y en alba túnica arropada
Llevóle a su última morada
la Inmortalidad.”

Jorge, a quien había agradado mucho el discurso de su maestra, lo explicó luego en su casa a sus hermanitos.



MÁS PÁGINAS DE ORO

Tres días después del paseo a Palermo, Jorge copió en su cuaderno de apuntes lo siguiente:

Pocas naciones cuentan en su historia con una página tan gloriosa como en la que háblase de lo acaecido el día 9 de Julio del año 1816.

Fué en ese día, que en la ciudad de Tucumán se habían reunido los representantes de todas las provincias, para resolver definitivamente respecto a la suerte de la Patria.

Después de animadas deliberaciones ese grupo de patriotas, cuyo presidente era el esclarecido ciudadano don Martín de Pueyrredón, resolvió proclamar libre e independiente de todo yugo extranjero a la Patria querida.

El suelo nativo estaba entonces rodeado de enemigos que apetecían apoderarse nuevamente de él;



contando, para conseguirlo, con un ejército numeroso y bien armado.

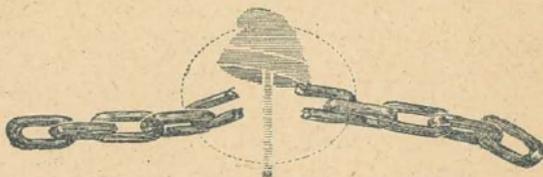
Pero los congresistas de Tucumán, al proclamar la Independencia, quisieron demostrar al mundo que estaban dispuestos a luchar hasta perder la vida, antes que ver otra vez a la Patria esclavizada.

El general San Martín, quien, desde Mendoza estaba aprontando el gran ejército con que debía cruzar los Andes, alentaba a los patriotas en sus propósitos de libertad, escribiéndoles:

“Proclamad libre a la Patria; no temáis, lucharemos con valor para defenderla. Cada nativo será un héroe.”

Y así fué.

Cumpliéronse los votos de aquellos nobilísimos patriotas, y la tierra que ellos proclamaron independiente es hoy una nación grande, respetada y rica.



EL DÍA 2 DE NOVIEMBRE

— ¿Qué piensas hacer en los dos días de asueto que tenemos?—preguntó Ricardo a Jorge.

— Pienso repasar algo. ¿Y tú?

— Yo,—dijo Ricardo,—he resuelto ir el día 2 hasta el cementerio para visitar la tumba de mi inolvidable mamá; y los ojos del niño se humedecieron.

— ¿Quieres que te acompañe? — dijo con dulzura, Jorge a su amigo.

El huérfano aceptó la oferta gentil, y por la mañana tomaron el tranvía que debía conducirlos a la Recoleta.

Ricardo llevaba un hermoso ramo de flores, que el padre le había comprado para que ador-

nara con él la sepultura de quien, durante once



años, había sido el ángel tutelar que le guiara en la vida.

El pobre pequeño estaba tan conmovido, que no podía pronunciar palabra.

¡Cuánto sufría aquel corazón de niño!

¡Pobre Ricardo! Pensaba en que ya no tendría la dicha suprema de ver el querido rostro de su adorada mamá, de oír aquella voz, ora dulce, ora severa, mas siempre igualmente querida, que le aconsejaba y corregía, acariciando siempre sus oídos...

Ya no iría como otrora paseando con ella por allí, exigiéndole le hablara de todo lo que hería su imaginación de niño vivaz...

Al ver pasar un niño con su madre se le anudaba la garganta y los ojos se le humedecían nuevamente.

Luego, cuando se encontró en la bóveda del ser amado, su dolor tan sentido, desahogóse en llanto.

¡Benditas sean las lágrimas que tienen el poder de aliviar el dolor más profundo, más sincero!

—Vamos, no llores,—decía cariñosamente Jorge a su amigo mientras, conmovido a su vez, lloraba también.

Quedáronse allí largo rato hasta que, a instancias de Jorge, resolvieron tomar el tranvía de regreso.

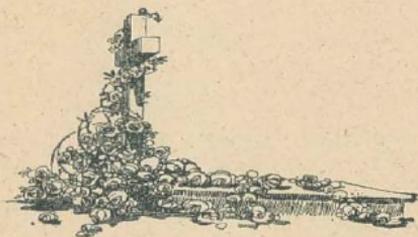
Mientras esperaban el vehículo, vieron llegar a un grupo de niños que llevaban en sus manos ramos de flores.

Iba con ellos un señor respetable: un maestro.

Jorge y Ricardo se acordaron entonces de que su maestra les había dicho que irían al cementerio varios niños de diferentes escuelas para adornar con flores las tumbas de los que murieron por la Patria... y ambos se sintieron conmovidos.

Al contar Jorge en su casa lo que había visto, su padre le dijo:

— Ves, hijo mío, cuán cierto es que aquellos Grandes que tanto dieron de sí a la humanidad y a la Patria, no mueren jamás del todo, porque los beneficiados por ellos perpetúan su recuerdo a través de la eternidad.



FIN DEL AÑO ESCOLAR

Aproximábase el día de los exámenes.

A Jorge no se le veía más que con cuadernos y libros, estudiando o repasando lo estudiado.

— Quiero distinguirme en el examen,— dijo una tarde a la abuelita, quien aconsejábale alternara las horas de estudio con las de descanso.

— Te distinguirás, no lo dudo,— dijole ésta.

— No creía merecer de usted cumplido semejante. ¿Según su opinión, nunca estudiaba lo suficiente?

— Por supuesto... Hubo un tiempo en que tú y el estudio andabais más reñidos que perro y gato... pero ahora ese tiempo ha pasado y mis palabras de encomio han de tener para ti un valor especial, porque son sinceras.

— ¿Entonces, abuelita, empieza usted a estar contenta de mí?

— Si,— respondiòle emocionada la buena anciana.

Ada y Anibal también estudiaban mucho y los exámenes fueron para todos un triunfo.

Jorge y Ricardo fueron conceptuados los mejores alumnos de la clase.

¡Qué emoción tan grata embargaba el corazón del niño, cuando, al llegar a su casa, dijo a los

suyos que la misma directora de la escuela habiale felicitado por su buen comportamiento!

— Ahora que has dado un paso certero en el buen camino no te desvies de él, —dijole la abuela,— creo hayas podido comprobar que has sido más feliz siendo estudioso y portándote bien, que cuando por holgazán perdías lastimosamente el tiempo.



— Sí, abuelita, —respondióle Jorge, —y ruégole me perdone si siempre me enojé cuando me amonestaba con alguna de aquellas sentencias... ¿recuerda?

La abuelita abrazó al nieto, y don Diego dijo a los niños:

— La temporada de las vacaciones lo será para todos; yo mismo trataré de conseguir un mes de permiso para ir con vosotros a la chacra.

— ¿Cuándo partiremos, — preguntó Pepita?

— Pronto, muy pronto.

— Invitaremos también a la señorita Raquel para que venga a pasar unos días con nosotros ¿verdad mamita? — dijo Jorge.

— Por cierto, — respondióle doña Clara, — puesto que mucho debemos a esa buena maestra.

— ¿También a Ricardo le invitaremos, mamá?

— También a Ricardo.

— ¡Qué alegría!

— ¡Viva! ¡Vivaaa!... gritaron todos los niños.



ÍNDICE

	<u>Páginas</u>
Siempre para los niños.....	7
A los maestros.....	9
Lo que resolvió la mamá de Jorge.....	11
Cómo empiezan las vacaciones para Jorge.....	14
La maestra de Jorge.....	17
Noticias de General Alvear.....	22
Jorge empieza a estudiar.....	26
Días de fiesta.....	29
Una lección de Mineralogía.....	36
Una clase de Lectura.....	40
Retorno del campo.....	44
Una lección de Geografía.....	48
Jorge vuelve a la escuela.....	54
El primer día de clase.....	58
Jorge comienza bien.....	62
Vísita grata.....	66
A la Patria.....	68
Una composición de Jorge.....	70
Una clase de Lectura.....	74
Una disputa.....	81
Amor maternal.....	85
A mi madre.....	89
Reanudación de tareas.....	92
Otro cuadro sinóptico.....	95
Páginas de gloria.....	99
Una composición de Ada.....	102
Travesuras.....	107
En clase, el día después de la pesca.....	116

	<u>Páginas</u>
Jorge es útil a su abuela.....	147
Fiesta infantil.....	149
Otra página de gloria.....	128
El cuento de la abuela.....	130
Paseando por el Jardín Zoológico.....	138
Un cuadro sinóptico.....	146
El día 11 de Septiembre.....	148
Más páginas de oro.....	151
El día 2 de Noviembre.....	153
Fin del año escolar.....	156

